

Hace mucho tiempo, en una galaxia muy, muy lejana...

STAR WARS

EL ARMA PERFECTA

DELILAH S. DAWSON

Viaja rumbo a Star Wars: El despertar de la Fuerza con esta exclusiva historia corta con una perspicaz mercenaria que corre grandes riesgos para conseguir las más grandes recompensas... y ahora se enfrenta al reto que la llevará hasta el borde.

Hay un montón de mercenarios, espías, y pistoleros a sueldo en la galaxia. Pero probablemente ninguno es tan peligroso y determinado como Bazine Netal. Una maestra del disfraz —y letal con una cuchilla, una pistola, o las manos desnudas—, ella aprendió de los mejores. Ahora es su turno de ser la maestra... aunque enseñar los trucos de su oficio a un recluta ansioso e inexperto es lo último que quiere hacer. Pero es la única manera de conseguir la nave que necesita para lograr su último trabajo.

Un cliente anónimo ha contratado a Bazine para localizar a un ex-soldado de asalto y recuperar el misterioso paquete que está salvaguardando. El pago por la misión promete ser astronómico, pero los obstáculos que enfrentan a Bazine demostrarán ser formidables. Y aunque su nuevo ayudante ansioso tiene habilidades cibernéticas cruciales para la misión, sólo el afilado talento de Bazine significará la diferencia entre el éxito o el fracaso... y la vida o la muerte.



Rumbo a El despertar de la Fuerza

El arma perfecta

Delilah S. Dawson



NUEVO CANON

Esta historia está confirmada como parte del Nuevo Canon.

Título original: *The Perfect Weapon*

Autora: Delilah S. Dawson

Arte de portada: Scott Biel

Publicación del original: noviembre 2015

aproximadamente 28 años después de la batalla de Yavin

Traducción: Javi-Wan Kenobi

Revisión: Bodo-Baas, Reek17

Maquetación de portada: Gavri-VA

Maquetación: Bodo-Baas

Versión 1.11

13.05.20

Base LSW v2.21

Declaración

Este es un trabajo amateur, no nos dedicamos a esto de manera profesional, o no lo hacemos como parte de nuestro trabajo, ni tampoco esperamos recibir compensación alguna excepto, tal vez, algún agradecimiento si piensas que lo merecemos. Esperamos ofrecer libros y relatos con la mejor calidad posible, si encuentras cualquier error, agradeceremos que nos lo informes para así poder corregirlo.

Este libro digital se encuentra disponible de forma gratuita en Libros Star Wars.

Visítanos en nuestro foro para encontrar la última versión, otros libros y relatos, o para enviar comentarios, críticas o agradecimientos: librosstarwars.com.ar.

¡Que la Fuerza te acompañe!

El grupo de libros Star Wars

Hace mucho tiempo, en una galaxia muy, muy lejana….

Capítulo 1

La noche era joven, y Bazine Netal estaba de caza. Acurrucada sobre un taburete con su ajustado mono negro que hacía juego con sus ojos, labios y cabello, examinó la sala en busca de su contacto y sólo encontró idiotas. A menudo, torpes admiradores tomaban su mirada gélida como una invitación. En su línea de trabajo, ser hermosa a menudo era de ayuda. Pero también era un inconveniente.

—Buenas noches, señorita.

Ella alzó la mirada y frunció el ceño. Ya se había fijado antes en ese devaroniano estúpido, cuando había sufrido una espectacular derrota al sabacc. Ahora, rezumando licor y exceso de confianza, acercó su mano a la rodilla de Bazine, farfullando algo sobre el calor de las arenas del desierto y las curvas de sus abundantes dunas. Antes de que sus sucios dedos llegaran a tocarla, le dobló la muñeca como si fuera una rama seca. Él gritó y cayó al suelo cubierto de arena, llamándole toda clase de cosas, pero ella se limitó a bostezar y apartar la mirada. Claramente, ese no era el hombre que estaba buscando. Los amigos del devaroniano se acercaron rápidamente a él, lanzaron una mirada a Bazine, y murmuraron oscuras amenazas mientras se lo llevaban; el hombre no dejó en todo el rato de chillar como un bebé hutt. Ella se acomodó en las sombras de la esquina, removiendo la bebida de su vaso con sus dedos de uñas escrupulosamente pintadas de negro.

Ni siquiera había probado la bebida, por supuesto. Nunca lo hacía.

Las bebidas podían envenenarse en cualquier momento. Ella misma ya había envenenado una esa noche. Los efectos no serían evidentes hasta que su objetivo estuviera de vuelta en la seguridad de su hogar, durmiendo plácidamente. No volvería a despertarse. Y entonces su comunicador emitiría un suave pitido, haciéndole saber que su empleador desconocido estaba complacido y había depositado los créditos en su cuenta.

Lo que Bazine necesitaba en ese momento era un nuevo trabajo para mantenerla ocupada. Llevaba horas esperando a ese nuevo contacto y ya estaba aburrida, y los hombres podían oler su aburrimiento. Otro más apareció en el extremo opuesto de su mesa, acariciando su bláster con los dedos.

—¿Estás sola, dulzura? —preguntó, moviendo con su lengua un palillo de dientes.

Ella lo miró de arriba abajo. El enclenque chatarrero humano no resultaba ni amenazante ni atractivo. Decididamente no era su hombre. Él la miró de arriba abajo a su vez. Botas de plataforma con tacón alto, pantalones de cuero negro que se ceñían a sus piernas torneadas, chaqueta ceñida que ocultaba armadura y armas; no es que él pudiera saberlo, como tampoco sabría que el sobrio corte de pelo negro era una peluca. Cuando sus ojos volvieron a los duros rasgos de su rostro cincelado, la miró lascivamente.

—Porque pareces… solitaria.

—Y tú pareces un mynock enfermo. Márchate.

Le hizo un gesto con la mano para que se largara y se recostó en las sombras del fondo de su reservado, colocando las piernas sobre la mesa para desanimar futuras molestias.

—¿Te crees demasiado buena para mí? —balbuceó él, acercando una mano temblorosa a su bláster.

—Por supuesto que no. Sé que soy demasiado buena para ti.

Con una sencilla pero elegante patada, golpeó un centro nervioso en el muslo del hombre que hizo que se derrumbara sobre el tosco suelo. Ese hombre no tenía amigos para que le levantaran. No tuvo más opción que alejarse reptando, mientras la maldecía.

Eso, al menos, le hizo dibujar una ligera sonrisa.

Apareció una camarera, limpiando la mesa con un trapo húmedo mientras observaba la retirada del chatarrero.

—Si sigues lisiando públicamente a los clientes, Suli no te dejará cruzar la puerta —dijo la chica duros de ojos naranjas—. No pueden dejar propina si tienen los huesos rotos.

Bazine dejó unos cuantos chips de crédito sobre la mesa.

—No es culpa mía si el establecimiento de Suli atrae sinvergüenzas, Ooda.

Era lo más cerca que llegaría a una disculpa, y Ooda asintió y recogió los créditos, que era lo más cerca que llegaría al perdón. Las dos tenían un acuerdo tácito, aunque llevaban años en la misma órbita. Era el mismo acuerdo que Bazine tenía con todos sus conocidos: nada de preguntas y nada de ponerse amistoso.

—Oh, y Suli dijo que te dijera que él llegará pronto.

Ooda se volvió para marcharse, y Bazine la llamó.

—¿Quién?

La duros se encogió de hombros y se alejó.

—No pregunté, no quiero saberlo.

Bazine también tenía un acuerdo con Suli. Él le enviaba trabajos, y a cambio ella actuaba como portera no oficial, haciendo salir sin escándalo a cualquiera que causara problemas. Incluso los borrachos más violentos la seguían al exterior con la promesa de un beso. Técnicamente, había dicho al propietario de la cantina que esperaría para lisiar a los clientes hasta que estuvieran fuera, en un callejón trasero privado. Buscó a Suli en el bar, hizo contacto visual, e indicó que había comprendido con la más ligera de las inclinaciones de cabeza.

La noche fue pasando, y el contacto no aparecía. Rechazó amablemente a siete sinvergüenzas más, y vio el doble de malas manos de sabacc, cuando algo cayó tintineando en su vaso, haciendo que el líquido ambarino salpicara sobre la sucia mesa. Levantó la cabeza de golpe, buscando la fuente de la interrupción. El escenario no había cambiado. Ni un solo par de ojos nuevo la observaba; tampoco había extraños dando vueltas alrededor de su mesa mientras practicaban malas frases de ligoteo en voz baja. Conocía ese bar, y conocía a todos los demás mercenarios, y reconocía a la mayoría de esos indeseables, incluso si ellos no la reconocían a ella, gracias a una galería rotatoria de disfraces. Pero nunca antes había tenido pretendientes que trataran de captar su atención haciendo caer una llave de habitación en su vaso.

Miró disimuladamente a izquierda y derecha antes de lanzar el codo, vertiendo la bebida.

—Ups.

Metió un dedo por el aro de la llave, esforzándose por que no se corriera la tinta de anguila rishi de color negro mate con la que se había pintado los dedos para enmascarar sus huellas dactilares. HABITACIÓN 3, decía la etiqueta. Podía ser una invitación. Podía ser el trabajo. En cualquier caso, iba a averiguarlo. Arrastrando su taburete, se puso en pie y estiró las piernas, reajustando su austero pero exquisito atuendo mientras comprobaba sutilmente sus armas. Bláster chato: comprobado. Hoja fina: comprobada. Pequeños detonadores termales ocultos en las plataformas de sus botas: comprobados. Siete cuchillos arrojadizos cosidos en su chaqueta: comprobados. Fuera cual fuese el motivo por el que el huésped del hotel esperaba pagarle, iba a llevarse una sorpresa con su colección de trucos.

Se dirigió al largo pasillo en el que se encontraban el más que asqueroso lavabo y la puerta a las escaleras. Nunca había visitado la zona de alojamientos del segundo piso del bar, sabedora de que era utilizada por las bailarinas y los grandes jugadores, ya fuera juntos o por separado. La escalera era estrecha y apestaba a sudor y a cosas peores, y desenfundó su bláster mientras subía, con cuidado de no tocar la sucia barandilla.

Apuntando su bláster a cada lado del pasillo, no encontró nada a lo que mereciera la pena disparar. Puertas numeradas idénticas desfilaban por el panelado color arena, con diversos sonidos susurrando o golpeando rítmicamente tras ellas. Se detuvo ante la puerta número tres. Con la espalda pegada a la pared, acercó su oreja al plastiacero y no escuchó nada en el interior. Llamó dos veces, rápidamente, y ralentizó su respiración, con el bláster en alto, mientras esperaba una respuesta. No hubo ninguna.

Qué poco hospitalario.

Con el bláster en una mano, y la pasada de moda llave en la otra, preparada para salir corriendo o disparar, abrió el cerrojo y abrió la puerta de una patada. Había esperado fuego de bláster, la carcajada de un enemigo, o los suaves sonidos de una banda de jatz y los piropos de un idiota, pero lo que obtuvo fue el silencio absoluto. Sacando un pequeño espejo de uno de sus bolsillos, lo usó para examinar la habitación por la puerta abierta.

Una figura solitaria estaba sentada en la cama deshecha, completamente inmóvil. Incluso en la tenue luz, pudo darse cuenta de que era un droide de protocolo, y no uno de los nuevos y lujosos. Este era esquelético y le faltaba un brazo, un mísero esbozo de ser racional. El resto de la habitación estaba ligeramente raro, con toallas en el suelo y sillas volcadas, como si la persona que le había dado la llave lo hubiera hecho al salir corriendo.

—¿Hola? —preguntó, con voz grave para parecer seductora.

No hubo respuesta. No sabía si se encontraba más intrigada o molesta. Desde luego, se estaba aburriendo en el bar y estaba esperando una misión, pero su trabajo le gustaba igual que su atuendo: ordenado, sin tonterías, que encajase, y preparado para quemarlo si tenía que salir corriendo.

Volvió a deslizar el espejo en su bolsillo y tomó su hoja. Con ambas armas desenfundadas, entró en la habitación, preparada para lo peor.

La oxidada cabeza del droide de protocolo, se levantó con un ruido de carraca para examinar su rostro.

—Saludos, Bazine Netal —dijo con una voz monótona, gris y carente de alma—. Tengo un trabajo para usted. ¿Acepta?

Capítulo 2

Bazine no respondió de inmediato. Esperaba más detalles. Lo que obtuvo fue una cuenta atrás.

—Diez. Nueve. Ocho.

Se acercó al droide y agitó su bláster.

—Detente. Dime más.

El droide se puso en pie entre dolorosos chirridos.

—O lo acepta o lo rechaza. Siete. Seis.

En la experiencia de Bazine, cualquier cuenta atrás que comenzara en diez y terminara en cero involucraba una explosión. Tenía exactamente seis segundos para decidir qué era más peligroso: aceptar un trabajo desconocido propuesto de forma singular por una fuente no identificada, o esperar a ver cuánto daño podría causar a la cantina un oxidado droide explosivo… y cuánto podría aguantar su armadura.

—Cinco. Cuatro. Tres.

—Está bien. Aceptaré el trabajo. Lo acepto. Pero deja ya de contar.

El droide quedó en silencio y se sentó pesadamente en la cama como si el hecho de formular una respuesta fuera extenuante.

—Su aceptación ha sido registrada. Permanezca a la espera.

Con un zumbido y una sacudida, el droide proyectó un tembloroso holograma flotando frente al rostro de Bazine. La figura estaba encapuchada, naturalmente, y su voz estaba tan bien modulada que Bazine no pudo adivinar, su especie, edad o género.

—Bazine Netal. Recuperarás un estuche metálico que estuvo en posesión del soldado de asalto imperial TK-1472. Nombre humano: Jor Tribulus. Los datos más recientes de Tribulus lo identifican como paciente en el Centro Médico Uno de Ciudad Vashka. Sus registros están almacenados en los bancos de datos de la instalación bajo el mayor nivel de encriptación. Su paradero actual es desconocido, pero sospechamos que permanece en Vashka, posiblemente sufriendo inestabilidad psicológica. Recupere el estuche y envíe un mensaje encriptado en este dispositivo usando el potenciador planetario principal que se le proporciona.

El brazo del droide se extendió, y sus oxidados dedos se abrieron rechinando para revelar un comunicador tan fino y de alta tecnología que en sí mismo podría servir de sobra como pago por un trabajo normal, incluso uno que la llevara fuera del planeta. Bazine entrecerró los ojos.

—¿Cuál es la paga?

La figura holográfica hizo una pausa como si pudiera oírla, aunque obviamente era una grabación.

—Se preguntará cuál será el pago. Entregue este estuche, y no tendrá que volver a trabajar de nuevo. —Ella frunció el ceño, y la figura soltó una risa tenebrosa—. Pero lo hará de todas formas, ¿verdad? Es difícil perder los viejos hábitos. Puede quedarse con el comunicador.

El holograma terminó, y la figura desapareció.

Bazine tomó el comunicador, colocándolo en su sitio detrás de su oreja.

—Una cosa más, Srta. Netal —susurró la voz, clara y nítida por el altavoz—. Hay otra facción buscando el estuche. Su adversario será astuto e igualmente inteligente; únicamente se le conoce por el nombre clave Narglatch. Evite ser detectada y elimine a cualquiera que se le oponga. Cubriremos su rastro. Buena suerte. —Bazine estaba a punto de decir a la voz dónde podía meterse a su Narglatch, cuando ésta añadió, casi demasiado bajo para poder oírse—. Ah, sí. Y el droide se autodestruirá en treinta segundos.

Considerando que la cantina de Suli era la base de sus actuales operaciones en Chaaktil, no estaba dispuesta a asumir que el mecanismo de autodestrucción del droide fuera un asunto pequeño y limitado a él, como una granada EM. Agarrándolo del brazo que le quedaba, lo hizo girar sobre sí misma, y, con todas sus fuerzas, lanzó hacia la ventana el montón de metal oxidado. El cristal barato se hizo añicos cuando el droide cayó a la calle, oscura y vacía. Bazine lo siguió saliendo por la ventana, bajó deslizándose por una cañería, y salió corriendo.

Para cuando la explosión iluminó la noche, estaba corriendo tan rápido como podía hacia el espaciopuerto, dejando tras de sí únicamente una peluca negra desechada.

Fuera quien fuese su nuevo empleador, era muy… teatral.

—

Fue bastante fácil colarse en la lanzadera nocturna a Ciudad Chaako, la mayor zona metropolitana de Chaaktil. Los edificios se extendían como una enfermedad que fuera ganando cada vez más terreno en las claras arenas del planeta. No había pisado esas calles arenosas en seis años estándar, y por una buena razón. El calor del desierto y la suciedad de la ciudad formaban una combinación incómoda, y en el momento en que salió de la lanzadera ya pudo sentir Chaako colándose en sus poros a pesar del fresco de la noche. Ya estaba sudando bajo su ceñida capucha de cuero.

Bazine tenía un talento especial para ocultarse en las sombras, y se deslizó con pasos silenciosos por familiares callejones oscuros. El vagabundo envuelto en harapos que la asaltó desde un portal se llevó un golpe de su bota en la sien, y la banda que esperaba acorralarla detrás de un contenedor de basura descubrió que había desaparecido como una nube de humo. La ciudad no había cambiado mucho, pero Bazine había incrementado considerablemente sus propias habilidades desde que se había ido.

Pronto se encontró ante una puerta que le había parecido mucho más grande la primera vez que la vio, siendo una niña pequeña. Aquella vez, la había aterrorizado: un monolito de metal lleno de marcas que apenas amortiguaba los sonidos del acero chocando contra el acero y la carne golpeando la carne hasta hacerla papilla. Pintado diagonalmente con espray en lo que parecía sangre seca estaban las palabras NO PASAR. No pudo evitar sonreír. Ahora no era más que una puerta de tamaño normal, y los ruidos tras ella eran acogedores. En cierto modo, en el fondo, estaba en casa.

La puerta se abrió deslizándose antes de poder llamar.

—Bienvenida de nuevo, Conejita —gruñó una voz desde el interior.

—Yo también me alegro de verte, viejo.

Esa puerta, la puerta de Kloda, era una de las escasas entradas por las que podía entrar cómodamente sin un arma preparada en cada mano. La escuela de Kloda era un lugar seguro. Incluso a esas horas de la noche, había luchadores en la jaula y entrenando en el gimnasio, gruñendo y goteando sudor sobre las alfombras y las pesadas bolsas. Si querías aprender a combatir en Chaaktil, acudías a Delphi Kloda, antiguo número dos de Tasu Leech y el más terrible saco de músculos que jamás dirigiera los ataques del Kanjiklub. Después de perder una pierna y un ojo, Kloda ya no podía merodear por las rutas espaciales con la dignidad que requería, así que en lugar de eso se puso a enseñar a nuevos chicos cómo romper huesos.

Bajo el gimnasio, en secreto, vivían y trabajaban sus auténticos estudiantes, que aprendían bajo su tutela las más delicadas artes del espionaje. Allí era donde Bazine había crecido; ella fue su primer éxito. El día que la rescató de un orfanato en Ciudad Chaako fue el día en que comenzó su auténtica vida. Le había tirado una piedra al pasar, golpeándole justo en el parche del ojo, y le había dicho que, en ese momento, jamás se había sentido más enfadado ni más divertido. Durante años, le había llamado su pequeña Conejita, enviándole en misiones para recoger esto o escuchar lo otro. Ahora ella se daba cuenta de que desde el principio la había estado entrenando para ser la mercenaria en la que un día se convertiría.

Bazine reconoció las pisadas de su pierna metálica antes de llegar a verle, con sus grandes brazos extendidos para darle el abrazo que ella no sabía que necesitaba. El viejo pirata olía a arena y a sudor, a sangre y a sus gruesos cigarros favoritos, y ella le devolvió el abrazo dándole palmadas en la espalda antes de apartarse para mirarle al ojo bueno.

—¿Cómo va todo? —preguntó—. ¿Sigues convirtiendo la grasa en mármol?

—Déjate de tonterías, niña. No me visitas en seis años, ¿y ahora estás de cháchara? ¿A qué juegas?

Bajo la amenaza, pudo darse cuenta de que los sentimientos del anciano estaban heridos, y le ofreció una de sus escasas y someras sonrisas.

—Para ser un vejestorio canoso medio ciego, no se te escapa nada.

Como respuesta, le dio un puñetazo en el hombro, o trató de hacerlo. Pese a que era rápido, ahora ella lo era más, y conocía las señales que delataban sus movimientos. Para cuando su puño golpeó el lugar donde ella se encontraba, ya estaba fuera del alcance.

—No debería de haberte enseñado una mierda —murmuró. Dio media vuelta para volver cojeando hacia su oficina—. Ven. Tengo caf caliente. Es viejo, pero aún tiene algo de fuerza.

Ella sonrió.

—Hay mucho de eso por aquí.

—¿Sabes cuál es tu problema? No tienes nada de respeto a la autoridad. —Meneó su cabeza canosa con fingida tristeza—. Nunca lo tuviste.

Ella lo siguió al armario frío y húmedo al que llamaba oficina y se apoltronó en la misma silla decrépita en la que se había sentado el primer día que llegó allí. Entonces, sus pies colgaban del asiento. Nada en esa sala, en ese lugar, había cambiado. Por eso se había ido de allí, para empezar. Kloda cerró con un portazo y le tendió una taza caliente antes de sentarse en su maltrecha silla de cuero, recostándose contra el respaldo y cruzando sus enormes brazos.

—Suéltalo, Conejita.

—De acuerdo. Necesito una nave.

—Y quieres tomar prestado el *Gavilán*.

Bazine asintió.

—Tú no vas a usarlo.

—Eso no significa que esté disponible.

—Pon tú el precio, viejo.

Una ceja poblada y canosa se arqueó.

—Vaya, mira quién se cree la reina de Naboo. No quiero tu dinero, niña. Pero haré un trato contigo.

—Quiero un trato limpio. Sin preguntas.

Kloda rió hasta el punto que tuvo que limpiarse las lágrimas de debajo del parche.

—No reconocerías un trato limpio aunque te mordiera el trasero. Dinero tengo de sobra. Lo que necesito es un favor. Mira, tengo un estudiante en el sótano; se llama Orri Tenro, o eso dice. Un simpático muchacho pantorano. Muy buen rebanador. Un genio con la tecnología, puede colarse en cualquier sistema. Bastante decente en la jaula de lucha, una vez que le partí la nariz un par de veces para ponerle a prueba. Necesito que haga una misión fuera del planeta. Tengo mucho que hacer aquí para llevarle yo mismo. Necesita sentir la supervivencia del hiperespacio con raciones de nave, sobrevivir a un trabajo. Si lo llevas contigo, puedes usar el *Gavilán*. Pero trata bien la nave. —Dio un sorbo a su caf—. A él no me importa realmente si lo tratas bien o no. El chico está muy verde.

—¿Qué edad tiene?

—¿Cómo podría saberlo? Es un adulto, no le limpio los pañales.

Bazine soltó un suspiro. Tener una sombra en una misión de alto secreto distaba de ser un trato limpio. Necesitaba centrarse en su objetivo, no enseñar a un niño estirado cómo funcionaba el retrete de la nave. Aunque…

—¿Cómo de buen rebanador?

Kloda meneó lentamente la cabeza.

—Si es una máquina, puede entrar en ella, salir de ella, o transformarla en un arma sin ser detectado. Si necesitas información, puede encontrarla.

—Pero también dijiste que era pantorano.

—No veo por qué eso debería importar a menos que odies el color azul.

Y no importaba, en realidad no. Las personas son personas, y pueden traicionarte o morirse en tus brazos sin importar de donde fueran. Pero Pantora era la luna del helado

Orto Plutonia, de donde eran originarios los narglatches, y se suponía que estaba en el punto de mira de un adversario conocido como Narglatch. Era una coincidencia demasiado grande. Pero bueno, no tenía que decir a Orri dónde iba ni por qué: podía considerar la aventura simplemente como un ejercicio en nombre de Kloda. Y si se volvía demasiado curioso o agresivo, tenía diez formas distintas de matarle usando solamente sus manos. Las demás alternativas eran robar una nave y crearse un nuevo enemigo, o pagar por un pasaje en una nave y arriesgarse a involucrar en sus negocios a idiotas incompetentes e inocentes. Al menos en este caso, tenía control completo sobre el idiota incompetente en cuestión.

—¿Aceptas? —preguntó Kloda. Siempre se ponía impaciente durante las negociaciones.

Ella le hizo esperar unos instantes más, sólo porque podía. Finalmente, asintió.

—Acepto. Pero dile al pantorano que la única función de este viaje es entrenarle. Que no sepa que yo llevo a cabo mi propio trabajo.

—Fingir que sólo eres una maestra bajo mis órdenes —dijo Kloda con una risita—. Al verte, nadie lo creería.

Ella arqueó una ceja.

—La gente creerá lo que yo quiera que crean. Siempre lo hacen.

—Aún no vas a decirme tu verdadero nombre, ¿verdad, Bazine?

Ella se puso en pie.

—Ni por asomo. Bueno, ¿dónde está mi alumno?

Capítulo 3

Orri Tenro no apareció hasta que Bazine hubo programado las coordenadas en la nave guantelete de Kloda, el *Gavilán*. Mientras observaba cómo su nuevo inconveniente subía corriendo por la rampa, mochila pesada en mano, se dio cuenta de que Kloda debía de haber planeado eso muy a propósito. Si Bazine hubiera visto primero a Orri, Kloda nunca habría conseguido que ella le dejara subir a la nave.

—Siento haber llegado tarde. Soy Orri. Kloda dijo…

—No me importa lo que dijera Kloda. Abróchate.

Ella indicó el asiento vacío con una inclinación de cabeza.

Él se sentó, mirándola confuso.

—Kloda no dijo que fueras una mujer.

En respuesta, Bazine activó los impulsores y aceleró con bastante fuerza para hacer que su nuevo cargamento cayera hacia atrás y se golpeara la cabeza con un satisfactorio ruido sordo.

—¡Auh! ¿A qué venía eso?

—Me dio la impresión de que estabas a punto de piropearme.

Él se frotó la nuca y se abrochó el arnés. En primer lugar, él también era atractivo y no se molestaba en ocultarlo, igual que ella. La típica piel azul pantorana, ojos amarillos, cabello blanco con reflejos lavanda recogido en una coleta. Sin tatuajes faciales, lo que sugería que no valoraba su familia, o no tenía ninguna. Vestía más elegantemente que la mayoría de los estudiantes que se entrenaban con Kloda, pero al menos su camisa, pantalón, botas y chaleco eran prácticos. Nada de túnicas holgadas ni estúpidos sombreros. Llevaba un bláster colgando en la parte baja de su cadera, y Bazine se preguntó si sabría cómo usarlo.

—¿Cuánto tiempo llevas entrenando con Kloda? —preguntó.

—Unos cuantos años. Dicen que es el mejor.

—Lo es. Y él dice que eres un buen rebanador.

Eso hizo que él mostrara una sonrisa perezosa.

—Tiene razón.

—¿Qué me dices de los datos de un centro médico?

—Dame una forma de entrar, y puedo darte cualquier cosa que quieras. Puedo descubrir si tu senador favorito tiene alguna enfermedad venérea. ¿Esta misión secreta de entrenamiento trata de eso?

Bazine se detuvo antes de llegar a soltar una risita entre dientes.

—No exactamente. Mira, una de las cosas de realizar un trabajo es que tienes unas pautas mínimas y no conoces la gran partida que se está jugando; sólo tu pequeño fragmento. Así que voy a decirte exactamente lo que necesito que hagas, y tú vas a asegurarte de que tienes lo que necesites para hacerlo oculto en ti. ¿Tienes alguna ropa menos llamativa?

Él soltó un bufido.

—¿Y tú?

—Por supuesto. Puedo desaparecer. Puedo ser cualquiera. Ni siquiera Kloda me reconocería, y él me crió. Esos son los cimientos de cualquier trabajo; pasar inadvertido.

—¿Con una cara como la tuya? Lo siento, pero no me lo trago.

Ella volvió la cabeza, apuñalándolo con la mirada. Si estaba tratando de ligar con ella, estaba fracasando. Mantuvo la mano en alto y agitó sus dedos de uñas negras.

—¿Cuánto estarías dispuesto a apostar?

—

Así comenzó la introducción de Orri al espionaje… y a perder apuestas con Bazine Netal.

Primero, ella se colocó unas gafas y un burdo mono de vuelo y le dijo que era Paf, la artillera. Tomaron una comida entera en la misma mesa, incluso hablaron de lo dura de pelar que era Bazine Netal. Luego ella dedicó unas cuantas horas a jugar al escondite con él, llamándole desde la misma sala de la nave y desapareciendo antes de que él pudiera darse la vuelta. Pronto él se quedó sin aliento, dudando de su propia cordura. Ni siquiera pareció sospechar nada cuando esa noche se encontró una twi'lek en paños menores tumbada sobre su cama.

—Soy la masajista de la nave —ronroneó—. ¿Tienes alguna… tensión?

—¿Bazine sabe esto? —preguntó él.

—¿Quién es Bazine?

Él se llevó la mano a la frente como si se estuviera tomando la temperatura, dio media vuelta, y casi cae rodando por la escalera de vuelta al puente. Ya no se pavoneaba.

Una hora más tarde, Bazine se apiadó de él y le llamó para que fuera a la cabina.

—Para ser un tipo tan listo, eres bastante estúpido —comenzó a decir… con la voz de la twi'lek.

Orri gruñó.

—Sólo estamos nosotros dos en la nave, ¿verdad?

Ella asintió.

—Ya entiendo por qué Kloda te envió fuera del planeta. Muy listo con la teoría, pero te falta sabiduría callejera. De modo que vamos a empezar hablando de cómo detectar un disfraz. Luego pasaremos al maquillaje, los disfraces y la modulación de voz. —Mostró la palma de la mano—. Pero primero, págame.

Él le pasó los créditos con otro gruñido.

Fue un largo viaje, después de todo, y enseñarle no resultó tan horrible. Era inteligente, aunque ingenuo. A cambio, le ayudó a arreglar algunos de los molestos problemas de la vieja nave mandaloriana. Luces que parpadeaban, puertas que se atascaban, ese panel de la cabina que se negaba a encenderse. Le había dicho la verdad. Así como no parecía comprender a la gente, comprendía las máquinas. Bazine le dio lecciones sobre los aspectos más delicados del espionaje, al menos cuando no se

relacionaban con su misión actual, y a cambio él le enseño los rudimentos de la mecánica de naves, cableados, y cómo arreglar cualquier problema común que pudiera aparecer.

—Mantener en funcionamiento una nave vieja consiste en adularla antes de que cojee —dijo, tendiendo a Bazine una llave, o intentándolo. Ella no estaba dispuesta a aceptar el aceitoso objeto hasta que encontrara unos guantes—. Durante un tiempo, trabajé en un garaje en Coruscant. Todos los mecánicos cobran de más. Saben que son lo único que hay entre tú y una muerte helada en medio de la nada, y también saben que para medrar no necesitan repetir trabajos.

Aburrida por el largo viaje, aprendió lo que pudo y almacenó la información para más tarde. Su primera compra con los créditos de esta misión sería una nave vieja pero ágil, como el *Gavilán*, siempre que su empleador le pagara tan bien como le había prometido. En la parte positiva, cuando Orri hablaba sobre cableados o tarjetas de datos, no le hacía preguntas sobre cómo conoció a Kloda o de dónde era. El pantorano charlatán no podía abandonar la idea de seguir de cháchara, por mucho que ella le castigara por hacerlo.

Tenía que mantener las distancias. Especialmente si Orri realmente era Narglatch.

—Te sería más útil si me dejaras saber cuál es la auténtica misión —dijo mientras estaban afinando el hipermotor, preparándose para el último tramo del viaje—. Quiero decir que buscar un número encriptado en el sistema de datos de un centro médico es un juego de niños. ¿Dónde está el espionaje? ¿Cuándo me infiltraré en alguna parte? ¿Cuándo se usan los aparatos secretos y las armas ocultas?

Bazine salió de la escotilla de mantenimiento y se sentó, molesta por la insistencia del muchacho.

—Se usan cuando tu única opción es usarlos o morir. ¿Realmente quieres saber qué se siente siendo un espía? ¿No estar nunca seguro de a quién estás ofreciendo tu lealtad, y saber que la mayoría de tus colegas morirá de forma espantosa, a menudo a tus propias manos? Muy bien. Deja que te lo enseñe. Deja de trastear con eso, inicia el salto, y observa.

Orri cerró la escotilla, hizo que la nave saltara al hiperespacio, y observó a Bazine mientras ella se quitaba, lentamente y con cuidado, la ceñida capucha negra que siempre llevaba puesta. El pantorano casi logró ocultar su espanto y su lástima al ver por qué la llevaba.

—En mi primer trabajo, Kloda me envió a robar algo a uno de sus competidores. Me dijo que me ocultara y permaneciera escondida, pero pensé que tendría mejor acceso si interpretaba el papel de mujer fatal. Tenía catorce años, y era muy orgullosa, muy vanidosa. Mi objetivo descubrió mis intenciones casi al instante. Y entonces él me enseñó su lanzallamas. —Recorrió con sus dedos las retorcidas marcas rosas de quemaduras en el lado izquierdo de su cuero cabelludo, deteniéndose en los cortos mechones de cabello negro—. Por suerte, tenía un cuchillo en cada bota, y dejé su cuerpo junto a lo que quedaba de mi pelo. Llevé a Kloda lo que quería. Pero desde entonces, aprendí a permanecer oculta.

Como si sintiera lo delicado de la situación, y lo duramente que Bazine le castigaría por mostrar lástima por ella, Orri apartó la mirada.

—Si quieres permanecer oculta, he oído hablar de una nueva tela con tejido deflector e inhibidor de sensores que te haría virtualmente indetectable, ¿sabes? Aún está en fase de pruebas, pero debería ser bastante fácil encontrarla en el mercado negro. ¿El sitio donde vamos tiene de eso?

Ella puso los ojos en blanco.

—Todos los planetas tienen un mercado negro de algún tipo. ¿Es que Kloda no te enseñó nada?

Él se ruborizó, volviéndose añil, y jugueteó con su comunicador de muñeca.

—Lo intentó. Y luego llegó a la conclusión de que tengo mala cabeza para cualquier cosa que no tenga un puerto de datos. Por eso me envió contigo. Dijo que serías severa. Y brusca. Pero no estaba realmente preparado para esta realidad. O sea que él te crió, ¿eh?

Ella se volvió para volver a ponerse la capucha.

—Si quieres llamarlo así. Mis cuentos de buenas noches fueron historias de sangrientos ataques piratas. Mis amigos fueron asesinos canosos que me enseñaron a pelear. Mi comba fue una soga de ahorcar. Pero era mejor que el orfanato.

—Suena duro.

Bazine saltó sobre la silla del piloto y dejó las piernas colgando del reposabrazos. En ese momento, decidió matar a Orri y abandonar su cadáver en los páramos de Vashka. Eso hizo que fuera más fácil hablar con él, aceptar que ya le había contado secretos que nunca antes le había contado a nadie. Responder sus preguntas era como purgar su cuerpo de veneno a través de una herida sangrante… siempre que no le mirara a los ojos y se viera reflejada en ellos.

—Es curioso. Crecí en la escuela de combate de Kloda. Mi primer año, todo lo que vi fueron botas y tobillos peludos. Me enseñó a luchar, a acechar, a cazar, a herir y a matar. Puedo robar comida, pero no sé cómo prepararla. Ni siquiera puedo mantener con vida una planta. —Sostuvo la mano en alto, mostrando las uñas negras que se volvía a pintar cada día—. No tengo mano para la jardinería… Pero soy buena en lo que hago gracias a Kloda, y eso es todo lo que importa realmente.

—¿Pero no tienes nadie que te importe… aparte de Kloda? La gente también importa.

Ella observó cómo las estrellas pasaban disparadas por el parabrisas, sintiéndose tan vacía como el espacio entre ellas.

—Nadie. Te acercas a alguien, y luego mueren o desaparecen. Les das un beso, sólo por diversión, y te atan a la cama y te roban los créditos. Son conflictivos. Imbéciles. Estúpidos. —Giró la cabeza para centrarse en Orri, como si acabara de despertar de un sueño—. Hmm. Eres muy listo. Sacándome todo esto. Aunque no es que te vaya a servir de mucho.

—No todo el mundo al que besas te ata a la cama y te roba las cosas. A menos que te vaya todo eso —dijo con suavidad, con un ligerísimo tono sugerente.

Bazine se deslizó de su asiento, se puso de rodillas, y se acercó mucho a él. Tan cerca, que sabía que él podía sentir su aliento en sus labios.

—La gente que me besa —ronroneó ella, en un susurro—, acaba en el suelo. Algunos por unas cuantas horas, otros por unos cuantos días. Algunos nunca se levantan. Lo que llevo no es barra de labios negra. Así que ni siquiera pienses en ello.

Antes de que él pudiera responder, antes de que pudiera pestañear siquiera, ella se puso suavemente en pie, se limpió las manos en las perneras del pantalón, y salió por la puerta de la cabina justo cuando la nave completaba el salto y regresaba a la realidad.

—Si te sirve de consuelo —dijo él a su espalda—, me tienes aterrorizado.

Al oír eso, Bazine sonrió sinceramente.

Sólo más tarde se dio cuenta de que ella había revelado más de lo que planeaba, y que él no había revelado… nada. Nada acerca de su historia, su hogar, sus complejos. Kloda le había dicho que Orri no tenía ningún entrenamiento, aparte del pirateo informático y la lucha. Y a pesar de ello era antinaturalmente diestro manipulando sentimientos. ¿Pero era un talento innato, o uno que había sido cultivado cuidadosamente y ocultado a propósito?

Pronto lo averiguaría. Vashka flotaba al otro lado del parabrisas. Esperando.

Capítulo 4

Antes de atracar la nave en la Estación Vashka, Orri estaba preparado. Y removiéndose en su asiento. Estaba sentado, inclinado hacia delante y sudando copiosamente, tamborileando con los dedos sobre su bolsa. Aunque no había sabido dónde iban hasta que era imposible no ver el planeta, ahora estaba claro que no quería ir en absoluto.

Bazine le señaló las manos.

—Primera regla: No parezcas preocupado. La gente sólo parece preocupada cuando está asustada o está haciendo algo malo. —Él tragó saliva sonoramente, asintió, y dejó de tamborilear—. Mucho mejor. Al menos, teniendo en cuenta dónde vamos y qué vamos a hacer, esperarán que parezcas un poco asustado.

Sin embargo, a ese ritmo, nunca iba a convertirse en material de espionaje para los propósitos de Kloda. Puede que tuviera puños e inteligencia, pero carecía de confianza y auto-control. En su primera misión, Bazine había sido fría como el hielo… y, sí, bueno, esa se le había ido de las manos y había acabado ardiendo y cubierta de sangre. Pero había tenido éxito. Y en su segunda misión, una vez se hubo curado, fue incluso más fría.

Orri, por otra parte, estaba sudando como si estuvieran de nuevo en Chaaktil, y no era sólo porque fuera de Pantora y estuviera acostumbrado a las temperaturas gélidas.

—Revisémoslo de nuevo —dijo ella, proporcionando calmadamente códigos de atraque falsificados.

Mientras él recitaba el plan, ella hizo aterrizar el *Gavilán* con mano firme. Vashka era un planeta aburrido pero agradable, un lugar templado de exuberantes valles verdes, montañas púrpura cubiertas de niebla, tranquilos pueblos costeros, y una gran ciudad perturbadoramente pulcra. Era donde tanto los ricos como los pobres iban a retirarse en relativa tranquilidad… y donde se enviaba a la gente a pasar periodos de convalecencia para que sus jefes o sus familiares pudieran sentir que se estaban recuperando, o pasando sus últimos días, con paz y confort, fuera de su vista y fuera de sus pensamientos. La Nueva República ofrecía cuidados privados para sus soldados viejos o heridos en el Borde Exterior, y una de esas empresas había adquirido amplias zonas de Vashka para centros de tratamiento. Y allí era donde se dirigían…

—Ahí está. El Centro Médico Uno de Ciudad Vashka. El mayor centro médico del planeta y el hogar de la sala del servidor principal —dijo Orri, señalando la elevada torre blanca—. Lo sé. Esa parte es fácil. Es entrar y salir lo que me preocupa.

—Tú haz tu parte, y yo haré la mía.

Bazine sostuvo en alto una jeringuilla y le ofreció una sonrisa exageradamente brillante para que hiciera juego con su disfraz: una peluca de ondulantes rizos rubios, labios y sombra de ojos de color dorado, y la clase de atuendo que las chicas llevan en las ciudades seguras bajo el control de la Nueva República cuando quieren lucirse.

—Ahora estás aún más terrorífica —dijo Orri, frotándose las manos en las perneras para secarse el sudor—. Por favor, ¿podemos terminar con esto?

—Primero vamos a hacer un pequeño desvío. Limítate a actuar con normalidad. —Le observó por un instante, advirtiendo sus ojos dilatados y sus manos temblorosas—. Con normalidad para alguien que no esté a punto de sufrir un ataque cardiaco, claro.

Descendieron por la rampa, y Bazine dio a sus pasos un bamboleo adicional. Orri se detuvo a ver cómo la rampa se cerraba tras ellos y tuvo que apretar el paso para llegar junto a ella.

—Camina con aire casual —susurró—. Sólo estamos en la ciudad para visitar a mi abuela. Era una soldado de asalto temible. No aprueba nuestra relación.

Orri reprimió una risa, y Bazine le tomó del brazo y le hizo girar una esquina oscura.

—El centro médico está por allí —dijo Orri, señalando.

—Pero estamos buscando a gente que haga tratos en el mercado negro, ¿recuerdas? Por aquí —respondió ella, guiándole por una serie de callejones cada vez más oscuros—. ¿Ves esos símbolos de grafiti?

Conforme caminaban, ella le explicó qué significaban los distintos símbolos y cómo evitar zonas bajo el control de las bandas callejeras, frecuentando sólo terrenos comunes. Le dio indicaciones acerca de posturas y qué decir a cualquiera que pudiera desafiarle, cómo desenvolverse en esa delgada línea entre pertenecer a las calles y andar pidiendo pelea. Él iba asintiendo, hacía las preguntas adecuadas, y escuchaba cuidadosamente mientras ella interrogaba a un toydariano sospechoso acerca de la nueva tecnología de tejido deflector y llevaba cabo un duro regateo por una camisa ligeramente rasgada, con patrones negros y grises. Bazine no pudo evitar advertir la sonrisa de Orri cuando ella amenazó con destripar al mercader si su mercancía resultaba ser falsa.

—Eso fue absolutamente informativo —dijo mientras regresaban a las calles principales de Ciudad Vashka—. E impresionante.

Bazine se alisó las mangas de su nueva camisa y sonrió ligeramente.

—Ese es el único cumplido que aceptaré.

El centro médico principal fue fácil de encontrar; era uno de los edificios más grandes y destacables de la ciudad, pintado de un blanco brillante con el universal símbolo rojo brillando con luces de neón en lo alto. Sin embargo, Orri caminaba demasiado rápido e intencionadamente hacia él, y Bazine constantemente tenía que detenerse a mirar escaparates o a retocarse el cabello como ardid para ralentizarle. Quedó complacida al descubrir que el tejido deflector cumplía su cometido; cada vez que se detenía frente a la cámara de una tienda, la imagen mostraba a Orri… y una ligera ondulación donde debería haber aparecido ella. Pero antes, necesitaba que se le viera y le grabaran, así que se quitó la camisa por la cabeza, la dobló en un pequeño cuadrado, y la introdujo en su bolso.

—Me estaba dando calor —dijo alegremente cuando Orri la miró de forma inquisitiva.

Cuando estaban sólo a escasas manzanas del centro médico, Bazine se detuvo en una esquina y fingió leer un menú.

—¿Te apetecen unas chuletas de nerf con un buen vino corelliano, querido? —preguntó.

Orri la miró como si hubiera perdido la razón.

—¿Qué? ¿Ahora?

Con una sonrisa, Bazine extrajo la jeringuilla de su bolsillo, quitó el capuchón con los dientes, se la clavó en el muslo, y arrojó la aguja por la boca de alcantarillado más cercana. En cuestión de segundos soltó un gemido y se desmayó. Orri apenas logró sostenerla y ayudarla a caer con poca elegancia al suelo. Tenía los músculos tensos, la cabeza hacia atrás, y se le marcaban los nervios del cuello.

—¡Ayuda! —exclamó Orri, mirando frenéticamente a todos lados en la ajetreada esquina—. ¡Que alguien nos ayude! No sé… ¡no sé qué pasa!

Pronto quedaron rodeados por preocupados viandantes octogenarios. Una ambulancia aulló en la distancia, dirigiéndose hacia ellos a toda velocidad haciendo destellar sus luces rojas. En ese momento, Bazine estaba sufriendo convulsiones, con los dientes apretados, como si estuviera teniendo un ataque, mientras Orri se arrodillaba a su lado, fingiéndose perfectamente indefenso y apropiadamente asustado. Una humana con inmaculado uniforme blanco salió de un salto, con un droide médico GH-8 blanco y plateado flotando a su lado.

—¿Qué ocurre? —preguntó la mujer mientras el droide escaneaba el cuerpo de Bazine.

Orri sacudió la cabeza.

—No lo sé. Íbamos a entrar a comer, y se desmayó… sin más. ¿Qué le pasa?

—Sustancia no identificada —dijo el droide con voz tranquila—. Se recomienda quelación y remplazo de fluidos de inmediato.

La humana asintió y extrajo una camilla de la ambulancia flotante.

—Puedes montar atrás —dijo a Orri, quien se puso en pie y continuó sin ser de ninguna utilidad. Juntos, la mujer y el droide alzaron el cuerpo rígido de Bazine y lo deslizaron en el vehículo que aguardaba. Orri subió para sentarse en el banco junto a ella, con una mano en la camilla pero decididamente no lo bastante cerca para tocar a Bazine, como si siguiera aterrorizado por ella incluso cuando parecía estar moribunda. El viaje fue curiosamente tranquilo y extrañamente rápido. Momentos después descendieron una rampa hacia las frías entrañas inferiores del centro médico.

La puerta trasera se abrió, y fueron engullidos por un torbellino de ruidos y sonidos metálicos. La camilla avanzó rápidamente por el pasillo mientras un trío de droides médicos flotaban a su lado, anclados a su estructura, y realizaban diversas pruebas. Orri trotaba a su lado, observando como el cuerpo de Bazine se estremecía y temblaba.

—¿Esta persona ha estado expuesta a productos químicos tóxicos o alimentos extraños? —preguntó un droide.

—No —dijo Orri, ligeramente sin aliento mientras giraban por retorcidos pasillos—. Simplemente se desplomó.

—Sin identichip —dijo un droide.

—Esto es altamente inusual —señaló un droide con casi la misma voz.

—Lamento las molestias —replicó Orri.

El cuerpo de Bazine sufrió una convulsión, y su mano golpeó con fuerza la muñeca de Orri. Estaba pasando junto a la zona principal de recepción y sus conjuntos de ordenadores, cosa que debería haber sabido, ya que se suponía que él tenía que estar pendiente de eso en lugar de estar pendiente de ella. Ella había olvidado a propósito decirle que permanecería consciente y con mente lúcida mientras los productos químicos hacían que su cuerpo se sacudiera, pero el golpe captó su atención. Él alzó la mirada, volvió a mirar a Bazine, y asintió.

—Creo que voy a vomitar —dijo, cubriéndose la boca con la mano—. ¡Luego te encuentro!

Mientras salía corriendo por el vestíbulo, un droide exclamó un número de habitación, pero Orri ya se había marchado. El efecto de la droga no se desvanecía tan rápido como Bazine hubiera querido, y estaba frustrada por sentirse tan fuera de control. Lo mejor que podía hacer era usar la poca concentración física que tenía para patear o golpear todos los instrumentos que uno de los droides extendía hacia ella mientras tomaban un ascensor hacia la zona de pacientes. La camilla avanzó suavemente a una habitación privada, completamente blanca con luces brillantes y cálidas, y la puerta se cerró con un siseo tras ellos.

—Será necesario atarla —dijo uno de los droides, cuando Bazine sintió que los últimos efectos químicos se desvanecieron. Volvía a tener el control de su propio cuerpo.

—Hoy no —dijo, incorporándose de repente.

Antes de que los droides pudieran reaccionar, se había puesto en pie, había agarrado escalpelo de la bandeja médica de un droide, con una sola mano había hecho girar la camilla sobre sí misma, había pulsado el botón de la puerta y se había deslizado al exterior, dejando a los droides sin ninguna información para identificarla. Estaban programados para curar, no para cazar, ni siquiera para dudar. Se puso la camisa de tejido deflector y caminó por el vestíbulo como una despreocupada visitante más del centro médico.

Aunque Orri había prestado poca atención a la distribución del centro médico, Bazine lo había estudiado bien. Se suponía que debía encontrar la salida más cercana y regresar al *Gavilán* tomando una enrevesada ruta. Pero no lo hizo. En su lugar, ocultó el escalpelo en la palma de su mano y deshizo el camino de la camilla, dirigiéndose al mismo conjunto de ordenadores que se suponía que debía encontrar Orri. Por un lado, no confiaba en que él lograra salir del edificio con vida y sin que le identificaran. Por otro, si era Narglatch, podría tomar los archivos de TK-1472 y llegar antes que ella al objetivo usando información que ella no podía obtener por sí misma.

Hizo una nota mental: *Aprender a hackear por mí misma.*

En el ascensor de vuelta al nivel principal, entraron junto a ella dos doctores y un droide médico, y ella les ofreció una tímida sonrisa y apartó la mirada, jugueteando con un rizo de su peluca rubia. Uno de los doctores le devolvió la sonrisa, lo que hizo que el otro doctor frunciera el ceño. Mientras el ascensor emitía un alegre *bing*, se entretuvo calculando el modo más rápido de matarlos a ambos y ocuparse del droide antes de que

las puertas se abrieran. No es que fuera a hacerlo; era simplemente el modo en que funcionaba su mente, gracias a las enseñanzas de Kloda.

Fue la primera en salir en su piso, y el zumbido de los servidores y las dicharacheras voces de los droides de protocolo recepcionistas le dijeron que estaba cerca de su objetivo. Asomándose por la esquina, observó a los administrativos y a las enfermeras tecleando en el terminal de registro como si fuera un animal gigante necesitado de alimentación y limpieza constante. Los hombres y mujeres humanoides con sus holgados monos blancos y sus gorras no prestaron atención a la chica rubia aparentemente aburrida con la camisa de dibujo chillón que caminaba con todos los demás pacientes y visitantes por el vestíbulo de techos altos. No vio ni rastro de Orri en la zona, y entonces fue cuando comenzó a sospechar lo peor. Debería de haber estado allí, husmeando, haciendo su magia.

Pero no estaba.

—¿Dónde estás? —susurró por su comunicador de muñeca.

No hubo respuesta.

—¡Respóndeme!

Aún nada.

—No me importa dónde estés o qué estés haciendo, ¡haz un ruido! Respira fuerte. Lo que sea.

Al no obtener respuesta, casi abre un agujero en la pared más cercana de un puñetazo.

Existía la posibilidad de que se hubiera perdido en las laberínticas profundidades y alturas del edificio de cincuenta pisos, o que se encontrara tras una zona que bloquease las comunicaciones, especialmente teniendo en cuenta cómo la primera vez casi pasó de largo del gigantesco terminal. Y también existía la posibilidad de que ya hubiera hecho su trabajo, dejándola tirada, o que estuviera esperándola en el *Gavilán* con la información. Podría estar sujeto con grilletes, detenido para ser interrogado después de que alguien descubriera su torpe intento de fisgar. Pero el lugar donde seguro que no estaba era allí, donde se suponía que debía estar, y el hecho de que no respondiera al comunicador no podía ser una coincidencia. Y eso significaba que Bazine tenía que tomar una decisión.

Maldiciendo entre dientes, extrajo un burdo pincho disruptor informático de su bolsillo y lo apoyó contra el sólido mostrador pintado de verde mar. Con precisa sincronía para asegurarse de que nadie la viera, clavó el instrumento profundamente en la pared del terminal informático más cercano, y luego lo retiró inmediatamente.

Cuando el primer administrativo farfulló una maldición, Bazine desapareció.

Los efectos del pincho se extenderían, y todo el sistema estaría caído durante al menos una hora, posiblemente más. Pronto los droides técnicos pulularían por la zona, sondeando cada chip. Nadie más podría acceder hoy a los registros. Si ella no podía obtener lo que necesitaba, nadie lo haría.

Bazine salió de nuevo a la calle y se dirigió hacia el espaciopuerto y el *Gavilán* antes de que comenzaran a sonar las alarmas.

Capítulo 5

Al menos la rampa permanecía subida, lo que significaba que el *Gavilán* era seguro. Había tomado un camino largo hasta allí, sin parar de gritar a su comunicador, alternando entre las amenazas y las lisonjas a Orri, y obteniendo sólo el silencio en respuesta. Eso es lo que obtenía por confiar en alguien, incluso en alguien recomendado por Kloda, la única persona en quien confiaba de verdad.

Ciudad Vashka era fastidiosamente prístina y ordenada, lo que significaba que tendría que excavar más de lo normal para encontrar a alguien tan sucio como ella. Tendría que esperar hasta después de que oscureciera para volver a la parte sospechosa de la ciudad, encontrar el garito de los bajos fondos, y tratar de pescar allí un nuevo rebanador. Y este obtendría lo que necesitaba, porque recibiría amenazas en lugar de cálidas instrucciones. Perder un día en el horario previsto le puso de mal genio. Bazine pulsó el botón de su comunicador para activar la rampa, y los finos cabellos de su nuca se erizaron, alertándola del peligro. Extrayendo el escalpelo robado de su bolsillo, giró… y casi le abrió el cuello a Orri de un tajo. Él retrocedió a trompicones, con las manos en alto y un pequeño pinchazo sangrando ligeramente en la garganta.

—¿Por qué has hecho eso? —preguntó, con voz temblorosa.

Bazine volvió a guardar el escalpelo en su bolsillo y le miró fijamente, fría como el hielo.

—Yo podría preguntarte lo mismo.

—He seguido el plan. Obtuve la información, cubrí mis huellas, y volví a la nave. Aunque me perdí. Y alguien me birló el comunicador. —Alzó la muñeca, mostrando una magulladura—. Al menos no es fácil encontrar el espaciopuerto, ¿verdad?

Dejando escapar un suspiro, Bazine subió la rampa con Orri pisándole los talones. Quería creerle… pero nunca creía en nadie. ¿Qué clase de idiota dejaba que le robaran un sencillo comunicador en una ciudad tan segura como la capital de Vashka? Si realmente era tan estúpido, ¿qué podría haber hecho que Kloda creyera que podría valer algo como espía o mercenario? Los instintos de Orri eran horribles. La única opción que quedaba era que sus instintos fueran fantásticos y fuera un extraordinario actor. Tenía que averiguarlo.

Cuando Bazine entró en la zona de carga, giró bruscamente, lanzando una patada alta a la cabeza de Orri. Él lanzó el brazo para bloquearla, de forma rápida pero poco pulida, y soltó un gruñido al recibir, hueso a hueso, toda la fuerza del golpe. Luego ella probó una combinación básica de puñetazos, directo-cruzado-gancho-cruzado, y él apenas logró seguir el ritmo, esquivando y bloqueando de forma poco elegante pero sin recibir auténticos daños.

—¿Qué estás haciendo? —gruñó.

—Poner a prueba tus reflejos —respondió, sin rastro de agotamiento en su voz.

Después de unos cuantos puñetazos más, le agarró e intentó una simple llave que le hizo aullar y revolverse.

—¡Auh! ¡Auh! ¡Para! ¡Vas a romperme la muñeca! —gritó, agitando las piernas para tratar de golpearla.

Ella le liberó.

—No se te da demasiado bien.

Orri se enderezó, frotándose el brazo y lanzándole una mirada llena de reproche.

—Las patadas y los puñetazos son parte de mi entrenamiento, pero Kloda nunca me enseñó nada de lo que sea que has hecho con mi brazo.

Bazine le ofreció una sonrisa torcida.

—No enseña las artes echani en su escuela.

—¿Pero por qué me has atacado? Hice lo que me pediste. Tal como dijiste.

Ella sonrió, cerró la rampa tras ellos, y se dirigió a su camarote.

—Sólo trataba de mantenerte alerta. Me sorprende que dejaras que alguien te robara el comunicador.

Orri la siguió por un instante, luego se detuvo mientras ella cruzaba la puerta y se quitaba la peluca rubia.

—Tenían blásters. Yo no tenía armas. Estaba perdido y tomé un giro por el callejón equivocado. No es tan sorprendente. Pero conseguí la información. El último registro de TK-1472 lo identifica como residente en la Instalación de Retiro Cuarenta y Ocho del Valle de Vashka, que posteriormente cerró. Aquí están las coordenadas. —Le ofreció un fragmento desgarrado de plastifino cubierto con pulcra escritura en mayúsculas, y ella lo tomó—. No está lejos de aquí, pero no hay lanzadera. Supongo que tendremos que alquilar algo.

—¿Por qué lo cerraron?

Él se encogió de hombros.

—Eso no fue lo que me pediste averiguar.

—¿Y por qué crees que deberíamos ir a una instalación cerrada?

—Bueno, lo que tenían los registros de este tipo es que estaban marcados como confidencial, y cuando me salté esa protección, la mayoría de la información habitual tenía un código que podría traducirse por «almacenado en la ubicación». De modo que tanto si él sigue estando o no en la Instalación Cuarenta y Ocho, sus registros sí lo están. Supongo que, por el motivo que fuera, querían mantener a tu tipo lejos de la instalación principal. Tal vez sea peligroso, o tal vez estén ocultando algo. Aunque el lugar haya ardido hasta los cimientos, lo más probable es que la sala de servidores siga intacta bajo tierra.

Irritada, Bazine golpeó con la palma de su mano el botón para cerrarle la puerta en las narices, y con alivio se quitó el disfraz, cambiándolo por las ropas con las que se sentía más cómoda. Todo negro, todo ceñido, y todo cubierto de mallas, placas de armadura, y armas. La camisa de tejido deflector se ajustó fácilmente sobre su camiseta negra sin mangas. Mientras se colocaba su capucha y sus botas, reflexionó en lo que había aprendido sobre Orri Tenro: principalmente, que Kloda tenía toda la razón. El tipo tenía grandes habilidades como pirata informático, instintos muy pobres, y ningún talento para

la manipulación o el espionaje. No podías fingir malos reflejos. Sólo había una cosa que pudiera hacer con él antes del siguiente paso de su misión.

Pobre Orri.

Capítulo 6

Lo triste fue que Orri Tenro ni siquiera supuso un desafío. No hizo falta ningún plan elaborado, ni el contenido de una ampolla disuelto en una sofisticada bebida, ni tejido impregnado en veneno en una caja de pañuelos. Su acercamiento sirvió de prueba final, y Orri fracasó estrepitosamente. Bazine se limitó a caminar tras él, colocarle una cálida mano en el hombro, y clavarle una jeringuilla en el trasero.

—¡Eh! —fue todo lo que logró decir antes de caer, de narices, al suelo.

Si hubiera sido un espía, si hubiera tenido algún entrenamiento real aparte de que Kloda le usara como saco de boxeo, no le habría dejado clavarle una aguja en la carne, y mucho menos darle tiempo para apretar el émbolo.

—Lo siento, socio —dijo, dejándolo tumbado en el suelo sobre su espalda—. Pero el siguiente paso es trabajo para una única persona.

Comprobó sus signos vitales antes de dejar la nave y encerrarle a salvo en su interior. Tal y como le había prometido que le pasaría a cualquiera que se atreviera a besar sus labios pintados de negro, Orri dormiría al menos durante medio día y se despertaría sintiendo náuseas y mareos, como si tuviera la peor resaca de su vida. Era su veneno favorito por un buen motivo; generalmente dejaba a la víctima incapaz de ir tras ella.

El primer punto en su trabajo era prepararse para una misión impredecible. Le gustaban las cosas limpias, y este trabajo se estaba convirtiendo en todo lo contrario. Sin saber a qué se enfrentaba, hizo lo que pudo para equiparse con todos sus artilugios y armas favoritos, a los que se sumaba ahora su nueva camisa inhibidora de sensores. Ocurriese lo que ocurriera en la Instalación 48, no habría ninguna grabación de una mujer conocida como Bazine Netal infiltrándose en el edificio, tan sólo un borrón ondulante donde debería estar ella. Así que, al menos, Orri servía para dos cosas. Tal vez le dejara vivir después de todo.

Su siguiente parada fue robar un deslizador terrestre de dos asientos de un gigantesco aparcamiento; demasiado fácil cuando el propietario había dejado el ticket de salida sobre el asiento del pasajero. El empleado saludó con la mano a la hermosa mujer de ondulado cabello rubio y luego, cuando estuvo fuera de su vista, Bazine se quitó la peluca y aceleró hacia los límites de la ciudad, a las coordenadas que había memorizado mucho antes, tras destruir las notas en plastifino de Orri.

El pobre idiota ni siquiera comprendía lo peligroso que era ir dejando pruebas.

Cuanto más se alejaba el deslizador de Bazine de la ciudad, más tranquilo y hermoso se volvía el planeta. Idílico, incluso. Largas franjas de caminos ornamentales de gravilla unían entre sí instalaciones de retiro y centros médicos dispersos, rodeados de cuidados terrenos ajardinados. No había cultivos ni granjas; Vashka estaba reservado a los seres racionales, y carecía casi absolutamente de industria y agricultura en un esfuerzo de mantener intactos el clima y el ecosistema. La megafauna original del planeta había sido eliminada para asegurar la seguridad de sus nuevos habitantes, aunque se había permitido que florecieran los helechos gigantes, los girasoles y las bamboleantes palmeras… pero

en ordenadas hileras. Una gran pérdida de carne y cuero, en opinión de Bazine, pero la ausencia de tráfico y testigos hacía más fácil su trabajo, así que no iba a quejarse por ello.

Las coordenadas estaban más lejos de lo que había esperado, y cuando Bazine se acercó a lo que en otro tiempo había sido la Instalación de Retiro 48 del Valle de Vashka, hacía horas que no pasaba cerca de ningún edificio. Aunque había esperado que fuera otro edificio más de la Nueva república, lleno de líneas suaves y brillantes ventanas, lo que vio eran picos dentados y una extraña silueta con forma de castillo alzándose sobre la siguiente colina. Detuvo el deslizador en la cima y miró al valle bajo ella. Pocas veces quedaba sorprendida y perpleja, pero algo en la Instalación 48 parecía fuera de lugar, con un extraño y cálido brillo dorado bajo el sol de la tarde. Cuando observó movimiento en un lateral, descubrió por qué.

El edificio había sido colonizado.

Ya no era un centro gubernamental.

Era una colmena.

—

Desde más cerca, reconoció a los insectos gigantes que iban de un lado a otro afanosamente en su hogar robado. Apidáctilos vashkanos, unos de los habitantes de la megafauna original del cálido planeta. Cuando revisó la tableta de datos del *Gavilán* en busca de información sobre Vashka, los apidáctilos, o dacs, aparecían incluidos en la página de «Riesgos de Seguridad» para los turistas que fueran de visita. No importaba lo que hiciera la Nueva República, no importaba qué venenos extendieran o cuántas colmenas quemaran, no podían erradicar por completo a las primitivas bestias insectoides. Los apidáctilos no eran precisamente amistosos: Eran del tamaño de un humanoide pequeño, revestidos de quitina acorazada, y provistos de dos pares de alas y aguijones venenosos. No era de extrañar que la instalación de retiro hubiera cerrado.

Bazine dejó su deslizador oculto bajo una palmera caída, arrancó una de sus hojas gigantes para usarla como camuflaje, y avanzó lentamente hacia la gigantesca colmena. Las puertas delanteras estaban abiertas… y estaban siendo usadas por ajetreados insectos que entraban y salían en dos filas interminables. La mayor parte del edificio había sido cubierta por pesada cera dorada que brillaba, casi translúcida, bajo el sol. Celdas hexagonales cubrían las esquinas y el tejado, apilándose hacia arriba formando puntas parcialmente fundidas. Lo que en otro tiempo fueron ventanas, ahora estaba firmemente sellado. Entrar no sería fácil, pero no iba a irse sin averiguar qué había ocurrido con Jor Tribulus… y ese estuche de acero. Orri había dicho que los servidores de datos estarían bien protegidos, y no tuvo más remedio que desear que tuviera razón. El rastro de su presa estaba frío.

En cada una de las cuatro esquinas del edificio, había un gigantesco montón de basura cuidadosamente apilada, y Bazine corrió a la sombra del más próximo. De cerca, vio un batiburrillo de desechos humanoides, incluyendo sillas, teclados y droides, todo mezclado

con pedazos de cera pardusca, pedazos de húmeda pelusa blanca, y las piernas y mandíbulas dentadas, a rayas negras y amarillas, de generaciones de dacs muertos. Un fuerte zumbido apartó su atención del edificio, hacia uno de los insectos, que volaba directamente hacia ella llevando entre sus mandíbulas una cáscara de huevo vacía del tamaño de un saco de dormir. Bazine se quedó inmóvil, sosteniendo la hoja de palmera para ocultar su cuerpo, deseando saber más acerca de cómo veían el mundo esas criaturas, y si la considerarían un enemigo, una fuente de comida, o un mero inconveniente.

La experiencia le había enseñado que habitualmente era una de las dos primeras.

Por suerte, el apidáctilo no se fijó en ella, pero Bazine tuvo una breve oportunidad para estudiar su fisionomía mientras encajaba cuidadosamente la cáscara en el puzle de basura y salía volando. Su conclusión fue que los dacs eran máquinas de matar voladoras, y quiso entrar y salir del edificio lo más rápidamente posible sin acercarse a ningún otro.

No podía recordar si esas criaturas tenían mejor visión por el día o por la noche, o si tenían algún tipo de sentido del olfato, y cuando trató de buscar información en su tableta de datos, únicamente encontró una jovial entrada acerca de los usos para la miel y la cera. Obligada a elegir entre enfrentarse a esas criaturas a la luz del día o en la oscuridad, donde posiblemente ellos tendrían ventaja incluso si usaba sus gafas de visión nocturna, eligió el día. Una colmena oscura como boca de lobo llena de bichos asesinos no era apetecible. Lo que necesitaba era una distracción.

Levantando un pie, Bazine pulsó el cerrojo que liberaba el detonador térmico oculto en el elevado tacón de la plataforma de su bota. Pulsó el interruptor con el pulgar, tomó impulso, y lanzó la esfera de metal hacia un afloramiento de cera brillante en la parte delantera del edificio. Tal y como esperaba, el radio de la explosión creó un enorme agujero esférico por el que comenzó a gotear la miel… y atrajo a toda la colmena de apidáctilos furiosos, que llegaban desde todos lados en una masa negra y amarilla que se revolvía frenéticamente. En cuanto la puerta delantera quedó despejada, dejó caer la hoja de palmera y corrió, se lanzó de cabeza, y aterrizó rodando sobre sus rodillas, finalmente en el interior del último hogar conocido de TK-1472.

—

El silencio fantasmal en el interior del edificio de ambiente dorado no duraría, lo que significaba que Bazine no tenía mucho tiempo. Trató de orientarse entre las ruinas de un vestíbulo lleno de suaves sillas de plástico y trotó hasta los restos de un mostrador principal. Todo lo que podía transportarse por seres racionales o insectos había sido retirado; sólo quedaban los muebles firmemente sujetos al suelo y las paredes. Todas las pantallas de los ordenadores estaban destrozadas, y el mostrador estaba cubierto de cristal gris. Esperaba encontrar un mapa o un libro de registros, pero todo parecía ser digital, lo que significaba que no tenía forma de acceder al sistema. Por un breve instante, deseó haber traído a Orri. Pero entonces se imaginó un dac agarrándole la espalda del chaleco y

levantándolo por los aires, entre gritos. Estaban mucho mejor con él durmiendo en el *Gavilán*.

Bazine esperaba haber tenido que colarse por los pasillos oscuros de una simple instalación de retiro, interfiriendo la alimentación de las cámaras mientras buscaba a Tribulus y pasaba inadvertida entre el personal y los pacientes. Estaba entrenada para tratar con seres racionales, ya fuera mediante el engaño o por la fuerza. Pero no sabía nada de bichos gigantes, y apenas más que eso acerca de extraer datos de ordenadores rotos. Si el holograma de la cantina de Suli hubiera mencionado una colmena de apidáctilos, habría rechazado el trabajo.

Orri le había dicho que los servidores de datos habitualmente se almacenaban en una sala subterránea, principalmente para que el personal externo tuviera dificultades para acceder a sus registros, y para que estuvieran a salvo de cualquier incidencia climática o de incendios. Ese era su objetivo: llegar a la sala de datos, encontrar un modo de arrancar los servidores, esperar que hubiera un teclado y una pantalla intactos, y teclear en busca de lo que necesitaba. En el peor de los casos, extraería los chips de datos y los llevaría de vuelta a la nave, para que Orri los manipulara con sus habilidades informáticas. Todo lo que necesitaban saber era cuándo había sido evacuado TK-1472, a dónde le habían enviado, de dónde era, o dónde estaba enterrado. Juego de niños, esperaba.

Tenía algo de gracia que Orri quisiera aprender a ser un auténtico espía, sin darse cuenta nunca de que principalmente consistía en mantener la cabeza fría en momentos como este, cuando las cosas iban mal dadas. En ese instante, Bazine necesitaba las habilidades de Orri casi tanto como las suyas propias.

Comprobó que las puertas delanteras seguían vacías antes de salir corriendo por el único pasillo. El corazón le latía con fuerza; sus botas avanzaban sobre alfombras desgarradas y pedazos de cera del tamaño de su mano mientras pasaba velozmente frente a puertas que mostraban habitaciones llenas de celdas hexagonales. Todo estaba tintado con el mismo tono amarillo, dorado y cálido, y un aroma empalagosamente dulce flotaba en el aire estancado. Bazine sintió como si estuviera corriendo a cámara lenta pasando por infinitas puertas llenas de infinitas celdas. Al darse cuenta demasiado tarde que delante de ella el pasillo giraba abruptamente, casi choca contra otra pared llena de esas apretadas celdas de un metro de ancho. Cara a cara con una de las cámaras, puso la mano sobre la cera parcialmente translúcida. Al sentir cómo latía bajo su mano, retrocedió de un salto, justo cuando una horrible larva blanca empujó la cera, que se combó bajo su peso, y sus extraños ojos negros giraron como si la estuvieran buscando.

Eso hizo que corriera más rápido.

El siguiente pasillo era más oscuro; ese lado del edificio estaba en el lado opuesto del sol. Bazine tenía gafas, bengalas, y una linterna para colocarse sobre la cabeza, pero no quería atraer la atención de los dacs, así que siguió avanzando hasta que se quedó sin luz. Ese pasillo parecía contener habitaciones o dormitorios para los jubilados, cada habitación marcada con un número, algunas con apellidos que se habían vuelto ilegibles bajo una capa de cera. Había pasamanos sujetos en las paredes, y pasó junto una serie de

horribles cuadros con paisajes interrumpidos únicamente por la oxidada abertura del conducto de la ropa sucia. Justo delante de ella, vio una puerta cerrada señalada como ESCALERAS.

Mientras Bazine aceleraba y corría hacia las escaleras, un apidáctilo adulto salió de una de las puertas abiertas, haciendo zumbar sus alas con tono inquisitivo, y se volvió hacia ella. Inmediatamente, lo supo: Viera lo que viese la criatura, no era bueno. Su zumbido tomó un tono más oscuro y agresivo, y apenas hizo una pausa antes de chasquear las mandíbulas y salir volando hacia ella.

Alejándose de la puerta, retrocedió corriendo por el pasillo. Docenas de dacs regresaban por las puertas delanteras, inclinando sus cabezas hacia ella al oír sus pasos o el furioso zumbido que la perseguía. Con pocas opciones, abrió de par en par el conducto de la ropa sucia y se lanzó por él, con los pies por delante, sin saber qué se encontraría en el fondo.

Capítulo 7

El descenso fue breve, suave, y completamente a oscuras. Bazine templó sus nervios para calmarse mientras descendía a toda velocidad con las rodillas instintivamente flexionadas, dispuesta a rodar y amortiguar el golpe de lo que se encontrara al aterrizar. Para su sorpresa, sus botas se hundieron en algo bastante blando. De algún modo, milagrosamente, un montón de vieja ropa de cama abandonado aguardaba medio podrido donde había caído. Hundiéndose entre la tela, Bazine se colocó sus gafas de visión nocturna y examinó su entorno antes de seguir.

La habitación tomó forma, revelándose ante sus ojos en tonos negros y verdes. Una pared tenía una hilera de unidades de lavado y secado, y frente a ella había una larga mesa en la que aún se encontraban sábanas planchadas, y los droides lavanderos como una hilera de centinelas congelados colgando del muro justo encima. Para satisfacción de Bazine, en la sala no había ni rastro de cera, apidáctilos, ni signos de destrucción. Era como si todo el mundo se hubiera ido en medio de la jornada de trabajo y… nunca hubiera regresado.

Bazine salió del montón de tejido mohoso y se sacudió los pantalones. A menudo, el espionaje era un trabajo sucio, pero por desgracia esta misión estaba resultando ser más sucia que la mayoría. Mientras caminaba hacia la puerta abierta, pasó la mano por una fila de chaquetas colgadas. La tela era blanca y rígida, y los uniformes hicieron un ruido metálico al balancearse. Cuando llegó al último, vio el auténtico motivo para ello: camisas de fuerza.

Por eso la Instalación de Retiro 48 del Valle de Vashka estaba tan lejos de la civilización. Por eso sus registros estaban ocultos, confidenciales. Era un asilo. Un lugar remoto y privado para que los soldados y las víctimas de guerra con salud frágil vivieran sus últimos días a salvo, sanos y en paz. Bueno, hasta que los insectos voladores gigantes aparecieron para reclamar el lugar.

Antes de cruzar la puerta, extrajo su hoja. Teniendo en cuenta cómo habían reaccionado los dacs a la explosión de arriba, iba a ser lo más silenciosa posible. Incluso si aún no habían descubierto un camino hasta el sótano, no quería darles un motivo para explorar.

El siguiente espacio era otro pasillo, que se extendía a izquierda y derecha en similar oscuridad. Nada se movía, y el silencio era tan profundo que podía escuchar su propio corazón latiendo en sus oídos. Recordando el trazado del piso superior, giró a la derecha, esperando que los bancos de datos estuvieran ubicados directamente bajo el mostrador de recepción. Conociendo las habituales tácticas para recortar gastos de los contratistas del Borde Exterior que hacían negocios tan lejos de la mirada escrutadora de la Nueva República, habrían planeado su construcción para minimizar el cableado necesario para conectar los sistemas.

Con la espalda pegada a la pared, se asomó a la siguiente puerta abierta y suspiró con silencioso alivio. La sala de datos estaba justo donde esperaba encontrarla, y todas las

máquinas parecían intactas, aunque polvorientas y abandonadas. Siguiendo los cables, corrió hacia la caja eléctrica para pulsar el interruptor y encender el sistema. Al llegar a la puerta metálica, se le erizaron los cabellos de la nuca, y un borrón de movimiento se lanzó contra ella, tirándola al suelo y arrancándole las gafas del golpe. Parecía un apidáctilo, duro y puntiagudo y aleatorio en su ataque sorpresa, pero en lugar de zumbar, gruñía. Como un humanoide. La mente de Bazine pasó de la defensa a la agresión, y escapó del peso que le golpeaba, dejando a su atacante en el suelo o sujetándolo por lo que a todas luces parecían enjutos bíceps humanos.

—¿Quién eres? —gruñó Bazine, con voz grave y feroz.

—¡Calla, estúpida! Atraerás a los dacs.

Considerando la voz rasgada, la debilidad de las extremidades que se sacudían, y el olor acre de la carne sin lavar y el aliento podrido, Bazine se dio cuenta de que estaba tratando con alguien mayor de lo que sería su abuelo, si hubiera tenido uno. Y no necesitaba verle para adivinar que, con toda probabilidad, estaba fuera de sus cabales. Ya fuera uno de los residentes originales o alguien que se había instalado después de que llegaran los dacs, ese no era un lugar para inspirar confianza y saludable cordura. Ese zumbido constante te taladraba el cerebro.

—Deja de resistirte y explícate —susurró, en voz un poco más baja.

El hombre se quedó muy inmóvil, pero permanecía tenso.

—¿Puedo sentarme al menos? —preguntó—. No tengo bien la espalda.

Bazine le posó una mano en el pecho mientras le registraba, a pesar del asco que sentía. Aparte de un burdo cuchillo, no pudo encontrar nada que pareciera un arma. Él soltó un pequeño grito cuando arrojó lejos el cuchillo, chocando con ruido metálico contra la pared, y dejó de debatirse. Cuando Bazine le liberó y él aún no se incorporó, ella soltó un suspiro de fastidio y le agarró de los hombros, dejándolo sentado, apoyado contra la pared.

—Muchas gracias —murmuró él.

Con las manos libres de nuevo, Bazine volvió a colocarse las gafas y estudió a su atacante. Era aún más patético de lo que se había imaginado, un hombre marchito y arrugado que llevaba una tosca armadura fabricada a base de placas de apidáctilo y piezas de plastoide blanco de diseño familiar, unidas por cables y cubiertas de cera dorada. También tenía un par de gafas, con grietas en múltiples lugares y totalmente pasadas de moda.

—¿Jubilado o trabajador de las instalaciones? —preguntó Bazine.

Él torció el gesto con fastidio.

—Soldado de asalto retirado, presté servicio en la Batalla de Endor. —Hizo una mueca y jugueteó con la armadura que llevaba al hombro—. No me digas que estoy tan desmejorado que no te habías dado cuenta.

—¿Nombre?

Él se acomodó con más cuidado contra el muro y la examinó a su vez.

—Mujer de pocas palabras, ¿eh? Yo también. Una vez que empiezas a hablar con los dacs, se acabó.

—¿No hay nadie más?

—No aquí abajo. La mayoría están arriba.

Bazine llevó su hoja al cuello del anciano.

—Última oportunidad. ¿Cómo te llamas?

Él pareció deshincharse.

—TK-1403. Aric Nightdrifter. Nacido en…

—No me importa. Busco a TK-1472, Jor Tribulus. ¿Le conoces?

Nightdrifter soltó una sonora carcajada antes de ocultarla tras una mano y aclararse la garganta.

—Desde luego. Mi viejo capitán al mando. Buen hombre. Más callado que la mayoría.

Bazine tensó la mandíbula y presionó con oscuras intenciones la hoja contra la marchita piel del anciano.

—¿Está aquí?

Con un imprudente manotazo, Nightdrifter apartó a un lado la hoja y se esforzó para ponerse en pie. Ella le permitió que realizara ambas acciones y se puso en pie, con la mano en el bláster.

—Por supuesto que está aquí. ¿Dónde iba a ir, si no?

Bazine le clavó el bláster en la tripa.

—Llévame a él. Ya.

Nightdrifter suspiró.

—Deja que recoja mis cosas. Aunque tendrás que hacer todo lo que yo te diga. Los dacs se ponen desagradables si no sabes cómo manejarlos. Y van a odiar esa camisa tuya. Sólo reconocen los patrones de su propia colmena, ¿sabes? —Señaló las placas de exoesqueleto de apidáctilo con patrones amarillos y negros que llevaba atadas al cuerpo—. Para ellos, pareces el enemigo.

Maldiciendo entre dientes, se quitó su camisa nueva, la dobló, y la introdujo en uno de sus bolsillos, dejándola vestida de negro de la cabeza a los pies. Eso es lo que pasaba con el equipo: Lo que te salvaría la vida en una misión, puede volverse contra ti en la siguiente.

—Vamos.

Agarró a Nightdrifter de los hombros y le empujó hacia la puerta.

—He aquí cómo ocurrió… —comenzó a decir.

Bazine le clavó el bláster en la espalda.

—Vuelvo a decirte que no me importa.

Después de eso, finalmente quedó en silencio y avanzó cojeando por el pasillo vacío, dobló la esquina, y llegó hasta la única puerta cerrada, que abrió manualmente para revelar una habitación ascética iluminada por una única vela de cera. Había un triste eco de la litera de un soldado, creada con trozos y fragmentos recogidos de los pisos

superiores del asilo. En un taburete bajo, como un altar, se encontraba un casco de soldado de asalto.

—¿Os dejaron conservar vuestros cascos? —no pudo evitar preguntar Bazine.

Él soltó una risita mientras rebuscaba en un cajón.

—No. Estaban guardados en una vitrina cerrada con llave. Para recordarnos nuestros días de gloria, supongo, y ayudarnos a recordar lo que fuimos antaño. Cuando se fueron los trabajadores, la forzamos. Nos repartimos todo lo que pudimos encontrar en el edificio. Armarios, cajones, nuestras propias pertenencias confiscadas. Encontramos también algunas cosas buenas. —Cuando volvió a incorporarse, parecía más fuerte, sosteniendo un puñado de hierbas verdes secas, un encendedor, y un abanico de seda rasgado—. No pretendía volver a subir hasta dentro de otra semana, pero no debería pasar nada.

Bazine asintió e hizo un gesto con su bláster señalando la puerta. Con un gran suspiro, Nightdrifter la condujo por el laberinto de pasillos hasta unas escaleras.

—Cuando esa puerta de arriba se abra, quedarás cegada casi durante un minuto mientras se ajustan tus ojos. Asegúrate de que tienes las gafas desactivadas y los ojos cerrados. No importa lo mucho que pique, quédate en el humo.

—¿O si no qué?

La sonrisa del hombre mostró, finalmente, la locura que acechaba en su interior.

—O si no. Buena cuestión.

Ella le siguió de cerca mientras subía cojeando las escaleras. En la parte superior, extrajo un tapón circular de la puerta, y una flecha de luz blanca atravesó el pasillo.

—Gafas fuera; ahora —susurró.

Bazine se bajó las gafas al cuello y cerró con fuerza los ojos, con el cañón del bláster clavado en la arqueada espalda de Nightdrifter. Él hizo chasquear unas cuantas veces su encendedor, y entonces el denso y húmedo aroma del humo casi la hizo estornudar. Podía imaginarse perfectamente los movimientos del hombre: Había prendido fuego al puñado de hierbas y estaba usando el abanico para hacer pasar el humo por el agujero hacia el pasillo del otro lado.

—No tardará mucho —murmuró Nightdrifter—. Sólo hay que esperar un poco. Esas malditas cosas son telequinéticas.

El humo era adormecedor, y Bazine tuvo que apoyar una mano en la pare para seguir de pie. Habían sido un par de días muy largos, con más carreras, luchas y ataques inducidos químicamente de los que esperaba, y había algo adormecedor en el pesado aroma de la cera y el humo.

—Eso se habrá ocupado de ellos. Ojos cerrados. Allá vamos —dijo Nightdrifter, y entonces ella se desperezó de pronto y presionó el arma más firmemente en su columna vertebral.

—Tú primero. Y no hagas ninguna estupidez.

Incluso con los ojos cerrados y apretados, había un brillo cegador al otro lado de la puerta, y podía ver relámpagos rojos por dentro de sus párpados. Envolvió su mano con

la capa de Nightdrifter, por si acaso decidiera salir huyendo a pesar de su amenaza. Él soltó una risita y avanzó por el humo.

Al girar una esquina, Bazine por fin fue capaz de entornar los ojos, y lo que vio era fantasmal. Todos los apidáctilos estaban agachados o se habían derrumbado, con las patas en extrañas posturas, en el suelo. Sus alas estaban inmóviles, y chasqueaban ligeramente sus mandíbulas como si estuvieran soñando.

—¿Estamos cerca? —preguntó Bazine.

—¿De qué?

—De Tribulus.

—Mucho.

—¿Por qué está aquí arriba en lugar de en el sótano?

—Oh —dijo él con aire ausente—. El sótano es mío.

Todas las salas y habitaciones parecían iguales, con los muros cubiertos de cera dorada y brillando con la luz de última hora de la tarde. Nightdrifter la condujo por una suave rampa retorcida, pasando junto a sillas flotantes caídas y droides oxidados, siempre con el bláster clavado a la espalda. Una luz brillante más arriba sugería un cambio en el terreno, y ella extrajo la hoja y se preparó para los nuevos extraños que pudiera encontrarse viviendo en las ruinas.

—Aquí estamos —dijo el anciano—. El Atrio.

Abrió una ornamentada puerta de cristal y metal para revelar un elevado espacio abierto lleno de luz. Y de cera.

En otro tiempo había sido una agradable zona de recreo con sillones, juegos y telepantallas. Ahora era el corazón de la colmena, con dacs inconscientes agitándose, amontonados en el suelo. Los muros se alzaban con intrincados hexágonos, la luz se filtraba por un banco de ventanas de cristales claros de tres pisos de altura. Aparentemente, los insectos eran lo bastante listos para dejar espacio para la luz del sol. Pero seguía sin haber ni rastro de personas.

—¿Está en el tejado? —preguntó Bazine con una creciente sensación de intranquilidad, empujándole con el bláster—. Estoy harta de tus juegos.

Nightdrifter señaló una puerta cerrada, la gemela de la del pasillo por donde habían llegado.

—Está ahí dentro, con los demás. Los dacs no saben abrir puertas. —Un instante después, añadió—: Aún.

—Ábrela.

—No te va a gustar lo que hay al otro lado.

Ella suspiró.

—No me gusta nada de esto.

Él abrió la puerta y pasó al interior. Cuando ella le siguió, con el bláster y la hoja preparados, se encontró de frente con docenas de soldados de asalto.

Capítulo 8

O, para ser precisos, armaduras de soldados de asalto. Armaduras de soldado de asalto vacías, de pie en posición de firmes frente a un largo muro de celdas hexagonales doradas que llegaba desde el suelo hasta el techo.

—¿Qué es esto?

El anciano se detuvo frente a una de las brillantes armaduras blancas y se cuadró.

—Ah. Aquí está. Jor Tribulus. Mi viejo capitán al mando. Buen hombre. Más callado que la mayoría.

—Eso ya lo dijiste.

—¿Ah, sí?

Empujó a Nightdrifter a un lado y agarró el brazo del soldado de asalto más cercano para asegurarse de que el traje estaba vacío. Resonó como un sonajero. La furia hirvió en sus venas. Todo en ese trabajo estaba saliendo mal. Nunca más aceptaría una misión de un droide que se auto-destruyera. De un violento tirón, todo el traje cayó con estrépito del soporte metálico para goteros intravenosos que lo sostenía.

—¡No! —gritó Nightdrifter, agachándose para recogerlo—. ¡Muestra un poco de respeto!

—Armadura vacía. Completamente inútil. ¿Dónde está Tribulus, realmente?

Con una mano temblorosa, el anciano señaló la celda hexagonal justo delante de ella. Había tres filas: una en el suelo, otra a la altura del pecho, y otra siguiendo el techo. Mirando detenidamente la del medio, vio TK-1472: JOR TRIBULUS tallado cuidadosamente en la cera, y el horror le causó un escalofrío, que fue seguido rápidamente por un atisbo de esperanza.

—¿Está ahí dentro?

Nightdrifter asintió con la cabeza.

—¿Su cuerpo?

Volvió a asentir.

—¿Con sus pertenencias?

Nightdrifter desvió ligeramente la mirada.

—Algunas. La mayoría.

Antes de que él pudiera levantarse y detenerla, clavó su hoja trazando un limpio círculo y sacó del agujero que había creado la capa de cera de un dedo de grosor. Cayó al suelo y se partió en dos con un ruido sordo. El aroma de la muerte y la podredumbre salió del interior, e inmediatamente se puso las gafas y metió la cabeza en la oscuridad.

La celda medía de largo la estatura de dos hombres, y lo que quedaba de TK-1472 yacía al fondo, con los brazos cruzados sobre el pecho. Un prometedor montón de pertenencias descansaba a sus pies.

—Trae mala suerte molestar a los muertos —dijo Nightdrifter, pero ella le ignoró.

Acercándose lentamente, vio un estuche metálico que asomaba bajo la mano en descomposición. Mientras apartaba los retorcidos dedos huesudos para inspeccionarlo, el anciano del exterior comenzó a hablar.

—Al principio trataron de luchar contra los dacs, pero cuando matas uno, hace algo a la colmena. Esas cosas asesinas pueden comunicar rabia, decirse unos a otros a quién atacar. Una vez que han centrado su atención, nada más puede distraerles. Los doctores y los trabajadores se marcharon… Ellos podían, ¿verdad? Sin mecano-sillas, sin prótesis, son camisas de fuerza, sin habitaciones cerradas. Nos abandonaron aquí. Incluso a las mujeres. Nos trasladamos al sótano y mantuvimos las puertas cerradas, pero allí abajo no hay comida, ni agua. No puedes vivir si no puedes salir del edificio, ¿verdad? Así que nos turnábamos para buscar suministros, sin saber nunca si lograríamos regresar como héroes, nos clavarían aguijones hasta morir y nos emparedarían en una celda junto a una larva, o seríamos capturados en el exterior por la maldita Nueva República. Si esto es libertad, la libertad no vale gran cosa.

Bazine alzó la mirada cuando él entró en la celda, con rostro frenético.

—Sabían que éramos peligrosos, ¿sabes? Sabían que habíamos visto cosas. Por eso nos mandaron a todos aquí fuera, lejos, al borde de la nada. Muy lejos. Encerrados. No por nuestro bien. Por el suyo.

—No les culpo.

Mientras recorría el metal plateado con sus dedos, los labios negros de Bazine mostraron una verdadera sonrisa, auténtica y amplia. Esto era. El estuche. Después de todo lo que había ido mal, tenía su botín. Tocó el dispositivo detrás de su oreja y se aclaró la garganta para hablar.

—Al habla Bazine Netal. He…

Se escuchó un fuerte golpe seco. El anciano soltó un grito, y alguien nuevo y más grande bloqueó la luz. Bazine desactivó el comunicador, abandonó su sonrisa, desenfundó su bláster, y alzó la mirada. Se encontró con el rostro de la última persona que se habría esperado ver.

Capítulo 9

—Hola, Conejita —dijo Kloda.

Ella dejó lentamente el estuche en el suelo de la celda y mostró una falsa sonrisa. Tras esa fachada, su cuerpo la estaba traicionando. Las lágrimas se asomaron a sus ojos mientras su corazón se aceleraba y sus nervios hervían de adrenalina. Todo lo que quería hacer era correr, porque no había ninguna buena razón, segura y coherente, para que Kloda estuviera en Vashka. Ni siquiera le había dicho que ese fuera su destino. No podía moverse. No podía salir de la celda. No con él ahí fuera, bloqueando la salida.

—Yo también me alegro de verte, viejo.

Él no se movió, pero su sonrisa se ensanchó.

—Deja que te ayude con ese estuche, niña.

Y entonces fue cuando Bazine lo supo con seguridad.

—¿Por qué te llaman Narglatch? —preguntó, con voz inexpresiva.

Él no titubeó.

—Porque soy un cazador solitario. Ahora dame el estuche. —Mostró su bláster favorito, y le guiñó su único ojo sano—. Por favor. —Cuando ella no hizo nada por recogerlo, añadió—: No cuentes con nuestra historia pasada, niña. Podría limitarme a dispararte y tomarlo igualmente.

Ella sintió un nudo en la garganta al agacharse para recoger la caja metálica.

—Pásamelo de una patada. También tus armas, incluyendo los cuchillos arrojadizos. Sé que tienes al menos cinco ocultos en alguna parte. Si veo que mueves un dedo, perderás un brazo. No está puesto en aturdir.

Ella rió amargamente.

—Nunca lo está.

Con el bláster de Kloda apuntándole a la cara, extrajo siete cuchillos arrojadizos y, con la bota, alejó de sí su bláster, su hoja, y el estuche.

Kloda apartó las armas del suelo, sacó el estuche a la luz, y lo inspeccionó, igual que había hecho ella. Su misión, su estuche, el que había arrebatado de la mano esquelética de un cadáver. Casi se había olvidado del cuerpo de Tribulus, atrapado, como ella, en la celda del apidáctilo. Incluso mientras su corazón se destrozaba al descubrir que su salvador, mentor y amigo la había traicionado, su mente seguía catalogando el contenido de la cámara, recordando el brillo de un cuchillo en el montón de objetos y un trozo de cuerda cuidadosamente atado en la cintura del cadáver. La mayoría de las pertenencias del muerto, había dicho Nightdrifter. Allí tenía que haber muchas cosas que pudiera usar como arma, si tan sólo tuviera la oportunidad.

—Buen trabajo —dijo Kloda, y ella alzó la cabeza—. Agradezco que hayas hecho todo el trabajo por mí. Y también que me quitaras a Orri de las manos. Ese capullo hace demasiadas preguntas, ¿verdad?

Estaba ocupado con algo en el exterior de la celda, moviéndose y agachándose.

—Siento lo de tu amigo de aquí fuera —dijo—. Toda esa armadura, y sólo hizo falta un puñetazo al cráneo para derribarle. Supongo que aún tengo un buen gancho de derecha, ¿eh? Viejo, pero aún tengo mi toque.

—¿Puedo salir ya? —preguntó ella, tratando de poner preocupación y vulnerabilidad en su voz. Eso había funcionado con él, un poco, cuando ella era una niña.

Él le ofreció una sonrisa torcida.

—Buen intento, niña. Pero conozco todos tus trucos. Yo fui quien te los enseñó. Así que siéntate ahí cómodamente, y asegurémonos de que no me seguirás.

Bazine sabía que él quería que le preguntase qué quería decir con eso, y por tanto permaneció en obstinado silencio. El viejo silbaba su melodía favorita mientras usaba el encendedor de Nightdrifter para encender uno de sus gruesos cigarros y fumó con regodeo, lanzando gruesas volutas de humo. Con un gruñido, levantó una de las losas de cera hasta el agujero, sosteniéndola en su lugar con una mano mientras con la otra usaba el encendedor para fundir los bordes. El cálido y empalagoso olor de la cera se mezcló con la podredumbre de la muerte para agrandar el nudo que el miedo había creado en el estómago de Bazine.

—Mira, niña, no te culpes. No tienes ni idea de lo que hay en este estuche, ¿verdad? Todo esto formaba parte de un juego muy largo para ganar la mayor recompensa de todas. Necesitaba un chivo expiatorio, y es muy fácil encontrar uno en un orfanato de Ciudad Chaako. Tuviste una vida decente, ¿no? Te enseñé mucho. Te dejé correr libremente, hasta que finalmente llegara este trabajo y te necesitara. Ni siquiera sabías que llevabas un rastreador, ¿verdad? Si estabas en Chaaktil, siempre podía encontrarte. Y siempre puedo encontrar al *Gavilán*.

Se agachó para recoger el segundo fragmento de losa, y Bazine mostró los dientes. Él quería herirla; podía sentir cada palabra como un puñal en la espalda. Sabía que era un poco sádico, pero nunca antes había mostrado esa faceta ante ella. No le daría la satisfacción de verla llorar, gimotear o suplicar.

¿Pensaba que lo sabía todo acerca de ella?

Le enseñaría algo nuevo.

De momento, cerró con rabia los ojos mientras él sellaba la tumba con la última losa de cera y fundía los bordes dentados por donde se había roto. La luz se filtraba a través, de un naranja dorado, y no estaba tan oscuro como para necesitar sus gafas.

—Eras el arma perfecta —dijo él, con voz ligeramente amortiguada—. Hermosa. Furiosa. Fría. Dañada. Conforme iba matando a todos a los que tratabas de acercarte, te fuiste endureciendo cada vez más. Te mantenías alerta. Ese niño del que te hiciste amiga en el mercado. Ese peso pluma al que metiste en tu cama. Te ralentizaban. —Pegó un puñetazo a la cera, y esta no se movió—. Por eso comprenderás por qué no quiero matarte yo mismo. De este modo al menos puedo fingir que sigues luchando. —Bazine escuchó como crujían las articulaciones de Kloda cuando este se agachó para recoger el bláster y la hoja—. No volverás a verme, pero nunca fuimos dados a despedidas sensibleras. Tengo entendido que asfixiarte no es la peor forma de morir.

Y entonces su cojera metálica comenzó a resonar por el pasillo, llevando consigo el estuche de TK-1472.

Capítulo 10

Cuando ya no pudo escuchar a Kloda, se puso las gafas y comenzó a buscar el cuchillo, escarbando con los dedos en el montón de objetos y tela en descomposición. También tomó la soga y el cinturón del muerto. El cuchillo era un objeto tosco, fabricado probablemente afilando una cuchara, pero serviría para abrirse paso por la cera… si su pie no lo lograba antes. Se arrastró hasta el muro de cera recién reconstruido y pasó la mano por su superficie, tanteando donde debía ser más débil, justo en la unión.

Entonces fue cuando escuchó el *fiu-fiu-fiu* de los disparos de bláster, que fue respondido por un furioso zumbido que aumentó en un crescendo enloquecedor.

De modo que Kloda había despertado a los apidáctilos aturdidos, dificultando aún más su persecución.

Por supuesto que era tan listo como para pensar en eso. Pero aunque el viejo pirata no le hubiera enseñado todos sus trucos, le había enseñado suficiente. Cuando no puedes cruzar la puerta principal, buscas una ventana. Si no hay ninguna ventana, te la fabricas. Ya se había colocado sus guantes de cuero y había clavado el cuchillo en el techo de la celda cuando los primeros dacs llegaron volando a la sala. A juzgar por el sonido satisfecho de sus zumbidos, el olor cobrizo y el sonidos de los golpes húmedos, estaban cobrándose su venganza en lo que quedaba de Aric Nightdrifter. El gancho de derecha de Kloda había resultado más letal que nunca.

Las sombras oscilaron en la pared de cera, y las patas afiladas como cuchillas la tanteaban como si sintieran que algo estaba profundamente mal. No sabía hasta qué punto resultaban inteligentes esos insectos, y no quería quedarse por ahí demasiado tiempo para averiguarlo. Tan pronto como su cuchillo atravesó la quebradiza cera sobre su cabeza, comenzó a arrancar grandes pedazos con las manos.

Había comenzado a abrir su vía de escape en el centro de la celda, a mitad de camino entre los insectos del exterior y el cadáver del interior, esperando que todas las celdas funerarias estuvieran dispuestas igual que esa. Eso significaba que cuando subiera trepando a la celda más cercana al techo, no se encontraría directamente bajo otro cadáver en descomposición. Sin embargo, podía olerlo, y eso ya era suficiente. Esa celda era más oscura, y recalibró sus gafas para rebuscar entre el montón de pertenencias, encontrando un rollo de cable aislado, un par de alicates para cable, y otra patética imitación de cuchillo. Lástima que la armadura de los soldados de asalto estuviera fuera, con los monstruos, en lugar de dentro, con los hombres que la habían llevado. Ahora mismo, esa armadura le sería de gran utilidad.

El zumbido del exterior creció en intensidad y se volvió más frenético, y ella sólo podía suponer que las criaturas se estaban amontonando entre ellas para desmontar su propia colmena y encontrar la carne fresca de la intrusa en el interior. Golpeó la gruesa cera del techo, pero era más pesada y más dura y difícil de romper. Se le habían desgarrado los guantes y tenía los nudillos doloridos y sangrando. Cuando consiguió arrancar un buen pedazo, encontró tras él las baldosas blancas del techo estándar, lo que

resultaba prometedor. Puede que los insectos construyeran su hogar para resultar duradero, pero las baldosas del techo estaban pensadas para remplazarlas lo bastante a menudo para mantener en funcionamiento el negocio de las grandes corporaciones galácticas. Se regodeó en apuñalar la plancha blanca hasta que se desplomó en pedazos quebradizos.

Pronto Bazine logró un agujero adecuado en el techo, del tamaño justo para permitirle pasar a ella y, con suerte, su forma y tamaño no resultarían adecuados para los dacs hambrientos que pudieran intentar seguirla. Se puso en pie, recogió sus herramientas, y se aupó con cuidado al denso aire cálido del ático del edificio. Odiaba el polvo y la suciedad, pero jamás el polvo y la suciedad habían olido tan bien. No había suficiente espacio para ponerse en pie del todo, pero sus gafas revelaron un entramado de vigas metálicas que sostenían las baldosas del techo. Los conductos de ventilación en todos los extremos del edificio dejaban entrar haces de luz del sol, y eso era lo que ella estaba buscando.

El entrenamiento de Kloda resultó de utilidad mientras caminaba con rapidez recorriendo la estrecha viga metálica, sabedora de que cualquier paso en una de las baldosas podría hacerla caer en el nido de apidáctilos que se encontraba debajo. La rabia le empujaba y le hacía avanzar, y siguió apoyando su peso en la punta de los dedos de sus pies hasta que llegó al conducto de ventilación más cercano y se quitó las gafas, dejándolas colgando en su cuello. Distribuyó su peso en dos vigas distintas y usó el cuchillo para desatornillar los pernos de la rejilla. Cuando quedó suelta, la dejó caer hacia un lado con delicadeza, colgando todavía de un tornillo.

La escena en el exterior era hermosa… pero aterradora. Suaves muros verdes rodeaban el valle y la megaflora asomaba entre la hierba en oasis dispersos. El cielo iba tomando una tonalidad púrpura, y el amarillo dorado de las torres y paredes de cera reflejaba los rayos rojos del sol poniente. Se encontraba bajo un saliente, directamente debajo del tejado del edificio, a tres pisos de altura. Eso normalmente no presentaría ningún problema para su ánimo o sus talentos. Pero esa vez, cientos de insectos furiosos de casi su mismo tamaño se arremolinaban en tornados de furia destructora, entrando y saliendo entre zumbidos por las puertas, cazando y buscando, decididos a castigar a cualquier cosa que hubiera osado atacar la colmena.

Examinó el árbol caído donde había dejado el deslizador y no pudo contener una mueca de fastidio. Kloda estaba arrodillado junto al motor, sin duda desactivándolo. A su lado se agazapaba un narglatch adulto, con alforjas y silla de montar, que acuchillaba el aire con su cola en forma de aleta y excavaba la tierra con sus garras.

Ahora el nombre en clave cobraba sentido.

Salir del edificio no supondría un problema, gracias a la soga que había encontrado en el cuerpo de Tribulus. Lo que le preocupaba era que le vieran los insectos. No tenía tiempo de procurarse su propia armadura, como había hecho Nightdrifter, pero sí le quedaba un disfraz en la manga. O, para ser exactos, en el bolsillo. En seguida Bazine estaba frotando con su tinta de anguila rishi la pálida piel de sus brazos y su pecho que no

estaba cubierta por su camiseta interior negra. Embadurnó su cara con los últimos restos de tinta del tubo. Si no podía parecerse a un dac, parecería una sombra.

Todo lo que había tomado de las celdas estaba oculto en su persona, junto con algunas armas que Kloda no conocía. El rollo de cable y los alicates estaban enganchados en el cinturón de Tribulus, y desenrolló la soga y la ató firmemente a la viga del techo más cercana. No llegaría del todo hasta el suelo, pero le dejaría cerca.

Las manos de Bazine estaban ahora cubiertas con la tinta de anguila rishi, lo que no sólo impedía que sus dedos o sus manos dejaran huellas, sino que además le proporcionaban cierta protección para la fricción de la soga… y enmascaraba su olor. Asomándose por el agujero que había hecho en el techo, arrancó algunos pedazos de cera y se los frotó en las manos, esperando que la cera proporcionara alivio adicional a la quemadura de la soga.

Al asomarse por la rejilla abierta, realizando un nudo en el bucle de soga alrededor de su cintura, un zumbido inquisitivo en el agujero que acababa de abandonar le dijo que había llegado el momento de saltar. Se descolgó por la estrecha abertura con los pies por delante y descendió en rappel por el costado de la Instalación 48, clavando en cada salto las botas en la cera templada. Las palmas de las manos le ardían, pero no tanto como la rabia de su pecho al mirar por encima de su hombro y ver a Kloda deslizando el estuche metálico en una de sus alforjas. Se dejó caer más rápido hasta que se quedó sin soga, justo antes de llegar al primer piso. Soltando el nudo, se dio una distancia de un metro antes de soltarse y aterrizar en una suave pendiente de cera. Afortunadamente, fue el aterrizaje más fácil de su carrera, y se deslizó por la resbaladiza inclinación hasta que fue capaz de rodar y ponerse en pie donde los restos de hierba se encontraban con el borde de la colmena. Ya fuera por su furiosa concentración para encontrar el intruso, o por su traje completamente negro, los apidáctilos no la habían visto. Aún.

Y Kloda tampoco.

Él se encontraba en ese momento hablando por su comunicador, uno muy parecido al de ella, y riendo. Bazine sabía cómo derribarle, pero no iba a ser nada fácil. Tenía que estar cerca, pero no demasiado cerca. Y él tenía que estar lejos de su deslizador y de la colmena. Bazine tenía que sincronizar perfectamente sus acciones.

Salió disparada tras el montón de basura, corriendo sin parar hasta el borde más alejado. Esperó mientras Kloda montaba en su narglatch y comprobaba su equipo. Ella también comprobó su equipo, levantando la bota para dejar caer sobre la palma de su mano su último detonador térmico. Cuando él comenzó a galopar, ella corrió tras él, pulsó el interruptor, y lanzó la esfera metálica justo delante de él.

Con una sonora explosión, la tierra desapareció en un cráter de diez metros de diámetro. El gigantesco felino aulló y cayó, arrastrando a Kloda con él. Para cuando Bazine llegó al borde del cráter, su mentor y antiguo amigo estaba trepando por el borde, magullado y lleno de arañazos, pero principalmente ileso.

Que era exactamente como Bazine lo quería. La venganza no era tan dulce cuando tu enemigo ya estaba muerto.

Él llegó a la superficie justo cuando ella llegaba a distancia de ataque, pero no pudo sacar su bláster a tiempo. Ella le golpeó primero con una patada en la cara, y luego le propinó otro puntapié en el costado. Una vez le había soltado una reprimenda por sus gustos en calzado; ¿quién espiaba con tacones de doce centímetros? Que se ría ahora, con las costillas rotas. Todo lo que hacía, lo hacía por un motivo. No puedes esconder bombas en zapatos de suela plana.

El narglatch saltó al borde del cráter, lanzándole un zarpazo con sus pesadas garras, antes de volver a caer al fondo. Ella retrocedió justo cuando Kloda le agarró de un tobillo, haciéndole caer de rodillas. Él luchaba sucio, la clase de hombre que llevaba veneno bajo sus uñas dentadas, y una vez había golpeado a un hombre con su pierna metálica hasta matarlo. Pero conocer sus métodos le había enseñado a prepararse para una pelea semejante, y ella sabía que sus uñas no podrían atravesarle sus gruesos pantalones. Le dio una patada, haciendo que soltara la mano, pero él tenía suficiente fuerza para volver a agarrarle la pierna y tirar de ella.

—Oh, no, tú no —gruñó él.

¿Quería una lucha cuerpo a cuerpo? De acuerdo. Ella le proporcionaría una. Después de todo, una traición tan personal como la suya merecía una muerte igual de íntima.

Bazine cambió de táctica. En lugar de tratar de ganar distancia y recuperarse, cargó contra él, se sentó a horcajadas sobre su pecho, y le rodeó el grueso cuello con su brazo.

—¿Vas a besarme, Conejito? —preguntó él con una risita, y por el movimiento de su brazo Bazine supo que trataba de sacar un cuchillo.

Ella apretó con más fuerza, rápida e inmisericordemente, cortándole el aliento y el riego sanguíneo. El rostro del hombre enrojeció mientras ella sentía cómo un cuchillo chocaba y resbalaba repetidamente contra la placa y la malla de fibra de su camiseta interior. Su sonrisa fue tan oscura como sus labios.

—Si te besara, sería demasiado fácil.

—De todas formas… no eres… mi tipo.

—Ríndete, viejo. Has perdido.

—Te enseñé… todo lo que sabes —balbuceó él—. No te enseñé… esto.

—Quería una segunda opinión —respondió ella—. Así que me entrené en otras escuelas. Y voy a quedarme tu nave.

Él se sacudió y se debatió, pero ni siquiera un hombre tan fuerte y duro como Delphi Kloda podía vivir sin oxígeno. Había algo satisfactorio en el modo que su sabio y sentencioso ojo mostraba sorpresa y miedo, y ella jugueteó con la idea de dejarle vivir sólo para provocarle. Pero no podía evitar recordar las historias que le contaba al acostarse, de niña, cómo había dado caza a los hombres que le habían traicionado. *Deja con vida a un enemigo, y jamás dejarás de mirar por encima de tu hombro*, le había dicho. *Así es como perdí mi ojo. No lo intentaré de nuevo.* Se dio un golpecito en el parche de cuero negro y le guiñó el ojo bueno, y ella rió y juró que nunca lo haría.

Pero él acababa de hacerlo, ¿no?

Y ahora… ella quería hacerlo. Pero no lo haría. Porque sabía mejor que nadie lo que Kloda podía llegar a hacer cuando quería algo. Ese hombre había matado a todos los que se habían acercado a ella, gente cuyos nombres se había esforzado en olvidar. Puede que incluso ya hubiera matado a Orri; ella no lo sabría hasta que regresara al *Gavilán*, en el espaciopuerto. Tenía que acabar con Kloda antes de que encontrara un modo de escapar. Cerrando los ojos, hizo girar sus brazos con fuerza, aplastándole la tráquea y rompiéndole el cuello.

Él le había traicionado. Pero antes de eso le había salvado.

Bazine cerró los ojos del cadáver de Kloda y se puso en pie, alta y orgullosa. Tal vez él había tenido la intención de convertirla en el arma perfecta, pero había sido ella misma quien había afilado esa arma.

Era hora de acabar el trabajo.

Capítulo 11

Bazine no sabía gran cosa sobre narglatches, pero sabía cómo matar a uno con el bláster de Kloda a diez metros de distancia. Como su amo, el gato era un depredador de voluntad decidida, y Bazine no confiaba en él más de lo que confiaba en Kloda. Cuando el pecho de la bestia dejó de moverse, se deslizó por la pendiente del cráter y abrió las alforjas. Pronto recuperó su hoja, sus cuchillos arrojadizos, su bláster… y el estuche.

Después de trepar fuera del cráter, se dirigió a su deslizador. Gracias a las enseñanzas de Orri y al tesoro de un muerto, fue bastante fácil arreglar los cables que Kloda había cortado y dejarlo otra vez en funcionamiento. Casi resultaba divertido; él le había enseñado a no confiar en nadie salvo en él, y pese a ello había sido el conocimiento obtenido de otros profesores lo que le había permitido vencerle.

Cuando terminó de arreglar las entrañas del vehículo, cerró el panel de acceso y activó el arranque del deslizador. La satisfacción la inundó al escuchar como cobraba vida con un zumbido y por fin pudo dejar atrás la colmena de los apidáctilos.

Pulsó el botón detrás de su oreja.

—Al habla…

—¿Bazine? ¿Eres tú?

Pulsó de nuevo el botón para apagarlo. No era la voz modulada de su empleador en el comunicador de largo alcance de su oreja. Era Orri en su comunicador de muñeca, y su voz parecía aturdida. Ella sonrió, sólo un poco. Así que había una persona —alguien a quien ella tal vez apreciara un poquito— a quien Kloda no había llegado a matar.

—Sí, Orri. Soy yo.

—¿Qué ha pasado? No logro recordar. ¿Me… me besaste?

Ella le obsequió con una risita.

—No. No te besé.

—Pero hiciste algo. Tengo una zona dolorida en… —Se aclaró la garganta—. No importa. ¿Dónde estás?

—Estoy yendo de vuelta a la nave. Debería estar allí en pocas horas. No trates de marcharte. Limítate a tomar una taza de caf y algo de comer, y no hagas ninguna tontería.

Hubo una larga pausa.

—Así que fuiste a hacer el trabajo sin mí.

Parecía abatido, como un niño al que se le habían caído los dulces en la arena.

—No te has perdido nada. Ya te contaré luego.

—¿Encontraste a nuestro hombre?

Bazine no pudo evitar menear la cabeza. *Nuestro hombre*. Como si fuera algo que estuvieran haciendo juntos. Como si fueran iguales. Como si él no fuera un estúpido y una molestia.

—Sí, encontré a nuestro hombre.

—¿Qué tal funcionó el tejido deflector? ¿Indetectable, verdad?

—Adiós, Orri.

Bloqueó el canal. Tenía trabajo de verdad que hacer.

Mientras conducía de vuelta hacia Ciudad Vashka y el *Gavilán* —ahora su nave— activó el piloto automático y colocó el estuche metálico en su regazo. Parecía haber sido arrastrado por una guerra, salpimentado con abolladuras y arañazos y algunas marcas negras que debían de ser rebotes de fuego bláster. En los bordes se había acumulado suciedad oscura, como si no hubiera sido abierto en décadas. No vio ningún tipo de cerrojo ni cerradura. Pensó en intentar abrirlo, y llegó al punto de recorrer el borde con los dedos. Después de todo, ¿qué era tan especial para que Kloda saliera de su escondite y la traicionara para robarlo? ¿Para que pasara años entrenándola, *criándola*, sólo con este fin? ¿Cuál podría ser «la mayor recompensa»?

En el fondo, no quería saberlo. Sólo quería el dinero.

Dejó con cuidado el estuche a su lado y activó el comunicador de detrás de su oreja para establecer una conexión de largo alcance.

—Al habla Bazine Netal —dijo—. Lo tengo.